This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 2320.14

HARVARD COLLEGE LIBRARY

CUBAN COLLECTION

BOUGHT FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

FROM THE LIBRARY OF

JOSÉ AUGUSTO ESCOTO

OF MATANZAS, CUBA

SA 2320.14

CONSIDERACIONES

ACERCA

DE NUESTRA INDEPENDENCIA Y SUS PROHOMBRES

POR

RAFAEL ABREU LICAIRAC.

SANTO DOMINGO.

IMP. "CUNA DE AMERICA."

J. R. ROQUES, LIBRERO EDITOR.

1894.

CONSIDERACIONES

ACERCA

DE NUESTRA INDEPENDENCIA Y SUS PROHOMBRES

POR

RAFAEL ABREU LICAIRAC.

SANTO DOMINGO.

IMP. "CUNA DE AMERICA."

J. R. ROQUES, LIBRERO EDITOR.

1894.

SA 2320.14

A mi querido amigo el distinguido literato Don Nicolás Heredia
su afectísimo
T. Mendicuna

HARVARD COLLEGE LIBRARY
LATIN - AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND
ESCOTO COLLECTION
FEBRUARY 6 1919

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla.

PRÓLOGO.

Vamos á hacer un esfuerzo, sin duda superior á nuestros medios intelectuales, anotando algunos conceptos para contribuir al esclarecimiento de la verdad histórica, el día en que las generaciones venideras consagren á la patria el monumento de su historia contemporánea.

La tarea es difícil y espinosa, y arredraría en sumo grado á quien la emprendiera sin los poderosos alientos y los no menos poderosos móviles del amor patrio; de ese elevado sentimiento que supera las mayores dificultades, que inspira las más levantadas ideas, que proporciona fuerzas al débil y luces á quien de ellas carece.

Para la buena edificación de nuestros asertos, hemos consultado á los contemporáneos de ilustrado é imparcial criterio, hemos buscado en irrefutables documentos la verdad de los sucesos para derivar de ellos

sus legítimas consecuencias y para hacer las deducciones y comentarios requeridos por tan delicado asunto.

Vamos, pues, á descorrer el velo de esa parte de nuestro pasado, no con mano airada, pero sin contemplaciones débiles y, en este caso, inadecuadas. No nos inspirarán, ciertamente, preocupaciones de ningún género ni guiará nuestros pasos la ciega é iracunda pasión, que todo lo vicia, afea y envilece: pero sentaremos nuestras premisas en el firme terreno de la verdad, sin ocuparnos de que sus bases dejen malparados otros intereses que no sean los de la verdad y de la justicia.

Contamos con la benevolencia de nuestros compatriotas y, sobre todo, con su más recta imparcialidad, para lograr el relativo éxito de este trabajo, y contamos, principalmente, con el eficaz concurso de la generación que se levanta, para realizar un pensamiento tan justo y reparador como es el que nos inspira.

Bajo tan alentadores auspicios lanzamos nuestra modesta obra á la pública consideración, aguardando tranquilos el fallo imparcial que habrá de concedernos la gente sensata, y nuestra recompensa en el triunfo de la verdad, que lucirá esplendorosamente cuando la posteridad registre, en su libro de oro, nuestros modernos anales históricos.

I.

Antagonismo político.

DESDE nuestra emancipación política, surgió fatal antagonismo entre sus autores, levantando sus altares en los combatidos campos de nuestra belicosa independencia é imprimiendo luego tortuosa marcha á los acontecimientos de nuestra vida nacional.

Fué ese antagonismo el orígen de ulteriores males y la causa determinante del calamitoso estado en que hemos gemido durante casi medio siglo de laboriosa y azarosa existencia autonómica. A ese antagonismo débese la postración del país, casi reducido hasta ayer á la inercia de otras edades, y convertido en viviente anacronismo en la época presente: época de movimiento, de actividad, de lucha: época de labor prodigiosa, de exploración constante, de sabia investigación; época, en fin, de conquistas científicas, de maravillosos descubrimientos y de portentosas creaciones en todos los órdenes de la vida humana.

Las mismas ideas de emancipación, de separación y de libertad germinaban en los dominicanos, cuando lanzaron el grito de independencia el memorable día 27 de Febrero de 1844; pero diferían los medios de acción que se trataba de emplear para consolidar la obra, legándola á las futuras generaciones, muy fuerte y, como tal, respetada y considerada por el mundo entero.

Dividiéronse, pues, los obreros al siguiente día de creada nuestra nacionalidad, mirando unos la acción salvadora en la reducida órbita del país; otros, en los dilatados horizontes de protectora extraña intervención. El elemento joven, apasionado, ardiente, entusiasta, formó el núcleo de los primeros; la gente sensata, discreta, seria y moderada, constituyó la base de los segundos. Y he ahí en pugna á los poderosos elementos que acababan de crearnos patria libre é independiente; y planteado, por decir así, el palenque de nuestras civiles discordias y de nuestros futuros encarnizados odios políticos.

La juventud, generosa pero inexperta, aguardábalo todo de los propios esfuerzos y consideraba criminales de lesa patria los conatos, también generosos é incuestionablemente patrióticos, que hacían sus émulos para proporcionar á la inerme patria, moral y material protección del extranjero; á esa patria que, indefensa, iba á ofrecer su desnudo pecho á los rudos golpes de sus invasores.

Ambos móviles tenían su razón de ser, reflejando perfectamente la índole de las causas que respectivamente los producían: en los primeros, en la ardorosa

juventud, bullían ideas á lo Plutarco, rendíase fervoroso culto á un exaltado patriotismo concebible en los tiempos de Esparta, pero, aunque laudabilísimo, inconducente en este siglo de realidades abrumadoras, en estos tiempos de aplicaciones prácticas y de medios destructores en la guerra, por desgracia tan eficaces como expeditivos: los segundos aceptaban y participaban de ese patriotismo, pero querían unir á sus sublimes arranques, á sus nobles inspiraciones, medios de acción positivos y que estuviesen á la altura de la enérgica defensa que exigían aquellas circunstancias; querían convertir las entusiastas teorías de aquellos, en hechos palpables que contuviesen el empuje de la enemiga invasión y que certificasen á los ojos del mundo las condiciones de vida autonómica y de estabilidad nacional de la naciente república.

Unos entonaron himnos á la patria y corrieron al campo de batalla, llevando en sus corazones inagotables tesoros de abnegación y de patriotismo, y grabados en sus frentes los indelebles signos de la resolución, del heroismo y hasta del martirio.... Los otros acudieron también al llamamiento de la patria en peligro; pero, más avisados, más circunspectos, más reflexivos, buscaron elementos con que resistir á la impetuosa invasora corriente que amenazaba arrollar el débil dique opuéstole por nuestras improvisadas tropas, y, en consecuencia, pensaron en la extranjera intervención, que de antemano habíase manifestado simpática á nuestra causa y significado oficiosamente sus deseos de verla coronada por el éxito más completo.

Y he ahí, repetimos, en pugna las dos ideas que, juntas y en poderoso consorcio, habrían accelerado nuestros triunfos, hécholos más eficaces, más decisivos, y evitado, sin duda alguna, el cúmulo de males que posteriormente había de convertir en campo de Agramante el suelo de la patria.

No se excluían una de la otra ambas ideas, sino que se completaban admirablemente; pero no lo comprendieron así nuestros mayores, desgraciadamente para el suelo que iban á regar con sangre generosa y en el cual sembraron inconscientemente los gérmenes de un partidarismo político que tan funesto nos ha sido, y cuyos lamentables efectos estamos aún sintiendo los descendientes de aquellos colosos que supieron derribar el exótico poderío de los haitianos, y mantener á raya, durante una década, las ulteriores pretensiones, de estos últimos, de reconstituirlo en la volcánica tierra de libre independencia.

Y tan cierto es ello que, á pesar de la honda división producida por la diversidad de miras de sus fundadores, fué nuestra independencia, en sus orígenes, la obra común del esforzado patriotismo de los dominicanos y de la eficaz ayuda de la oficiosa intervención francesa, paralizando ésta en un principio la resistencia del general Desgrottes en Santo Domingo y oponiendo luego moral resistencia á la invasora marcha del Presidente Hérard.

Ni las pasiones que posteriormente entraron en juego, ni la suspicaz malevolencia, atribuyendo calumniosos menguados propósitos á una parte de los fundadores

de la república, han podido ni podrán jamás destruir lo indestructible, como lo es todo hecho real y positivo.

Más adelante, en capítulo separado, dedicaremos extensas consideraciones á un punto histórico de tan capital importancia, con el firme propósito de demostrar la lealtad de aquellos que intentaron conseguir oficialmente la extraña protección, que, moralmente, recabaron de la oficiosa intervención del cónsul Juchereau de Saint Dénis en los acontecimientos del 27 de Febrero de 1844.

II.

Méritos militares de Santana.

Realizada nuestra separación de Haití y constituidos los dominicanos en nación independiente, debieron, antes que todo, embrazar las armas y volar al teatro de la guerra á efectuar prodigios de valor y de heroismo, para suplir, de algún modo, la escasez de recursos de que disponían en oposición á la invasora reacción del intruso dominador de la víspera, que, lleno de despecho y de ciego furor, emprendía nuevamente la conquista de la recién emancipada sierva, paseando ya sus desenfrenadas hordas en las comarcas fronterizas, á la luz del destructor incendio y embriagadas con la sangre de inocentes víctimas.

Y hubo de ser, en consecuencia, eminentemente épico el primer período de nuestra independencia; y hubo de prevalecer forzosamente el elemento militar, cuya acción era en aquellos momentos preciosísima y se imponía con la abrumadora lógica de las circunstancias. Necesitábanse soldados, y qué soldados! No debían és-

tos contar con equipos militares, ni con armas ni pertrechos ni raciones de boca, ni con nada en abundancia, porque la joven república apenas tenía lo indispensable. Debían ellos improvisar todas esas cosas, supliéndolas con ingenioso y decidido amor patrio ó irlas á buscar al enemigo campo, donde superabundaban con exceso.

Y al formar soldados había por fuerza que darles un jefe que, por su arrojo, su valor, energía y especial pericia, fuese digno de ellos, y cuya abnegación y patriotismo lo fuese de aquella patria que le encomendaba la ardua tarea de su defensa, sin darle más medios que la justicia de su causa, sin ofrecerle más recompensa que el sacrificio que debía parecer entonces inevitable..... forzosamente inevitable.

Apenas habían trascurrido algunos días de proclamada nuestra independencia, cuando el ejército haitiano vivaqueaba, victorioso, en las cercanías de Compostela de Azua, después de haber arrollado las escasas fuerzas que el patriotismo opusiérale en nuestras líneas fronterizas, y asolando con horrible devastación aquellas desamparadas comarcas. Una tras otra llegaban, sin interrupción, tan infaustas nuevas á la Junta Central Gubernativa, constituida en nuestra ciudad capital y en cuyo seno reinaban la más amarga inquietud, la más cruel zozobra..... Las medidas que hasta allí había tomado ésta, en oposición á las enemigas huestes haitianas, correspondían en todo y por todo al inminente riesgo que amenazaba echar por tierra al vacilante edificio de nuestra mal cimentada autonomía: como por encanto se

improvisaron fuerzas, se arbitraron recursos, se sacaron armas y pertrechos de los esquilmados parques de nuestra Fortaleza, se enviaron comisionados á recorrer todo el país para enardecer, con el sacrosanto verbo de la redentora idea, el naciente patriotismo de los pueblos. Y la nueva república alzose con soberbia energía, enviando sus hijos á morir ó á vencer; y éstos, remedando á los insignes descamisados de la revolución francesa, corrieron á las fronteras, por el Norte, por el Sur, mal armados, hambrientos, casi desnudos, á realizar aquella prodigiosa campaña de inmortal recordación.

Pero, como hemos dicho, se necesitaba un jefe digno de aquellos héroes, y plugo á la Providencia encarnar el genio de la guerra, el patriotismo, la excepcional energía que las circunstancias exigían, en un hombre hasta entonces oscuro. El instinto popular lo descubrió con singular acierto, entre el grupo de defensores que nos enviara la provincia del Seybo en aquellos aflictivos momentos.

Y ese hombre fué Pedro Santana, sencillo hatero de nuestras pampas orientales, hombre honrado, recto en procederes, decidido campeón de nuestra independencia, en cuyos trabajos estuvo iniciado y á cuyo éxito contribuyó grandemente, dando el grito de libertad en aquella provincia, simultáneamente con el que lanzaron los hijos de la Capital, y acudiendo presuroso á formar, con su intrépida gente, el núcleo de lo que entonces llamose ejército dominicano.

A él encomendó la patria la ardua misión, la titánica empresa de conquistar en el campo de batalla y de san-

cionar con el triunfo, un hecho que, como el de nuestra independencia política, estuvo á punto de naufragar en sus albores y de morir en su cuna; un hecho que necesitaba su práctica consagración en el terreno de los hechos consumados con sin par denuedo y victoriosa decisión. Y ese hombre predestinado supo unificar los esfuerzos populares y organizar la defensa de modo tan enérgico, que los hasta entonces vencidos se convirtieron en vencedores en la memorable batalla librada el 19 de Marzo de 1844–veinte días después de proclamada nuestra independencia–en los campos de la invicta Azua, iniciando la no interrumpida serie de triunfos con que los dominicanos habían luego de escarmentar la loca pretensión de sus antiguos dominadores.

Lo difícil era vencer por primera vez; lo importante, inspirar confianza al país y levantar el moral de sus noveles soldados. Ese mérito lo contrajo el general Santana, trazando así fecundo ejemplo á sus émulos, donde quiera que la invasión mostrara su horrible faz y donde quiera que los haitianos hollaran el suelo de la patria, viniendo á ser, de ese modo, más fácil la tarea para aquellos que en otros teatros supieron también vencer al invasor, arrojándolo más allá de nuestras fronteras.

Los principales esfuerzos de la invasión; sus mejores tropas, sus más connotados caudillos, estaban concentrados en el ejército que por el Sur dirigía en persona el mismo general Hérard, Presidente á la sazón de Haití; y allí era precisamente donde debía darse el golpe decisivo ó, cuando menos, contener la soberbia del orgulloso caudillo, la arrogancia de sus mejores jefes y soldados,

para quienes hasta aquel momento fuera fácil la victoria y á quienes sonreía y alucinaba el éxito engañador de las primeras operaciones de esa campaña: de las escaramuzas sostenidas con nuestros cuerpos sutiles de guerrillas y guardias avanzadas. Pero aquel triunfo había costado caro, muy caro: se habían agotado las pocas municiones de nuestros valientes defensores; se ocupaba, á mayor abundamiento, abierta línea de combate, sin la menor garantía de retirada en el caso de tener que librar una segunda batalla de dudosísimo éxito y que, á no dudarlo, hubiera comprometido grandemente, no ya el porvenir, sino la vida misma de la nación que apenas contaba escaso mes de existencia.

¿Podía en esas condiciones aventurarse otra acción? ¿no habría sido obcecada temeridad empeñarla y jugar de esa manera con los sagrados destinos de un pueblo inexperto y generoso?

Apelamos á la conciencia de los hombres rectos y desapasionados, y no dudamos que unánimemente pronunciarán el fallo imparcial que, con esplendidez, justificará al caudillo previsor, cuya sabia bien inspirada prudencia supo eludir el combate, buscando en bien dirigida retirada la salvación de aquel puñado de héroes y las garantías de estabilidad tan necesarias á aquella obra efímera por su reciente creación.

Sin embargo, ha dado en calificarse de falta de patriotismo, de impericia y hasta de falta de valor y de serenidad, aquella medida salvadora; y negra ingratitud y culpable injusticia pretenden hoy considerar como una

derrota la más estratégica operación que realizara el improvisado ejército dominicano, para ocultar su relativa desproporción con el haitiano y para cubrir, con protector escudo, el corazón de la república, tan de cerca amenazado de muerte por las sangrientas hórdas de los descendientes de Toussaint y de Dessalines.

No es á cubierto de los peligros de aquellos días aciagos y en época de las vendimias del triunfo, cuando puede juzgarse un hecho militar de tantísima trascendencia.

Para hacerlo con conocimiento de causa é imparcial criterio, hay que identificarse con los azarosos momentos de 1844 y pesar la inmensa responsabilidad de la suprema dirección de aquella guerra tan desigual.

Hay que considerar los probables resultados de una loca aventura en aquella emergencia, y cuán caro habría costado á la nueva nacionalidad un sólo instante de ofuscación.

Los méritos militares del general Santana y el importantísimo papel que desempeñara en los albores de nuestra independencia, son de aquellos que se imponen con irrefutable lógica y que radican en el mismo hecho histórico que los consagra.

Cualquiera de los prohombres de nuestra redención política que hubiera ocupado el puesto que á aquel designara el dedo misterioso de ese hado feliz que protegió nuestra causa, cualquiera de ellos, repetimos, habría sido el primer caudillo militar de la Separación, el precursor de la victoria, el invicto soldado de aquella memorable guerra.

III.

Injusta denominación dada á los partidos políticos de aquella época.

Qué hacía entre tanto la Junta Central Gubernativa? Movíase con ardor, haciendo prodigios de inventiva para conseguir y enviar auxilios á los defensores de la patria, y tomaba cuantas medidas y disposiciones requería el incipiente Estado que acababa de crearse. Componíanla elementos heterogéneos en órden á teorías aplicables á aquellas circunstancias, y germinaba en su seno el fatal antagonismo de que ya hemos hablado.

No pueden considerarse, respectivamente, como conservadores y liberales á los sostenedores de ese antagonismo, por la sencilla razón de que esas denominaciones, puramente gratuitas, ni correspondían á los así denominados, ni tenían absolutamente lógica aplicación á sus propósitos y á su manera de obrar en aquellas críticas circunstancias. Ni unos ni otros eran conservadores ó liberales porque diferiesen sus miras respecto de los medios que había que emplearse en la causa que todos deseaban ver salir triunfante; y el hecho de sus divergencias en un

sentido esencialmente de apreciación en lo concerniente á los auxilios y á la probable intervención de alguna potencia extranjera, ni ameritaba esas calificaciones ni podía mucho menos revestirlas de la legitimidad que deben tener éstas cuando se hacen con justa equidad.

Si más tarde, en el desarrollo de nuestra corta autonómica existencia, imprimió la política esos matices de conservadores y de liberales á los partidos que se disputaron el poder, porque afectasen unos y otros, respectivamente, profesar ideas más ó menos avanzadas, lo cierto es que ninguno de ellos poseyó jamás las condiciones que deben reunir los partidos de principios en la verdadera acepción de la palabra.

Ni Duarte, ni Sanchez, ni Mella, ni Pina, ni Perez, ni los demás que, en el seno de La Junta Central Gubernativa ó en el de las sociedades patrióticas existentes á la sazón, veían con recelo los trabajos de sus émulos, aunque, como veremos más tarde, profesasen ideas más exaltadas y hasta cierto punto utópicas; las tenían más liberales que éstos, ni estos últimos las profesaban más conservadoras que aquellos, cuando ni unos ni otros habían podido significarlas en momentos en que las ideas absorbentes eran las de resistencia extrema en aquel duelo á muerte entre los dos pueblos, y cuando les faltaba tiempo para atender á las exigencias de aquella festinada organización que dieran al país, en los supremos instantes de inminente peligro que amenazaba reducir á la nada la obra común de sus desvelos y de sus afanes.

Ni Santana, ni Bobadilla, ni Jimenez, ni Villanueva, ni Caminero, ni Valencia, ni Delmonte, ni Baez, ni Abreu,

ni Mercenario y otros muchos hombres importantes de aquel tiempo, creían cometer un crímen al pensar en un protectorado fuerte y eficaz de la España ó de la Francia, para garantir la estabilidad política de la república y promover, con la reciprocidad de franquicias comerciales, la explotación de nuestras riquezas naturales y el pronto desarrollo de nuestra agricultura é industrias. Y es indudablemente excesiva suspicacia atribuirles falta de patriotismo por haber sustentado esas ideas en los instantes en que unos con la espada, otros legislando, otros organizando y administrando el país, concurrieron todos á su defensa y á su salvación.

Podían ser esas miras políticas más ó menos convenientes, más ó menos oportunas; pero nunca, seguramente, antipatrióticas ni precursoras de soluciones posteriores, cuyas causas juzgará la posteridad con la fría calma de tan augusta misión.

No es lo mismo juzgar con imparcialidad que condenar por impresiones ligeras y engañosas á los hombres á quienes ha correspondido la pesada carga de la gestión pública en paises nuevos, sin educación política, sin organización, como desgraciadamente es el nuestro. Es forzoso meditar, analizar los acontecimientos, estudiar el medio de acción y las circunstancias todas que rodean á éste, para venir luego á deducir equitativamente el grado de responsabilidad contraído por aquellos, y la naturaleza de sus intentos, de sus planes y de sus obras.

No hubo, pues, ni liberales ni conservadores en los momentos de nuestra gestación política, ni mucho menos

deslealtad y traición en aquellos que por su educación, relaciones, posición social y otras causas congruentísimas, intentaron rodear á la nación, en su combatida infancia, de cuantas precauciones y garantías exigían su preciosa vida y la responsabilidad que aparejaba el difícil cargo de velar por sus futuros destinos; cargo cuyo imponderable peso no pueden apreciar los pigmeos de la apasionada crítica y que sólo pudieron llevar en sus robustos hombros aquellos titanes de la epopeya nacional.

IV.

Predominio del elemento militar, y sus causas.

Hemos dicho que la influencia militar predominó lógicamente en aquellos días en que el toque de generala hacía oir constantemente sus bélicos rumores en todos los ámbitos de la república; en que el estimulante acre olor de la pólvora embriagaba á los noveles guerreros, sedientos de triunfos y de gloria. Y era natural: el ronco estampido del cañón: los épicos acentos de patrióticos cantos: aquella atmósfera preñada del fuego de ardiente y contagioso patriotismo: las noticias que cual chispas eléctricas volaban por el aire, enardeciendo los marciales arranques de un pueblo decidido á vencer ó á morir en la contienda: la misma magnitud é inminencia del peligro; todo, todo, electrizaba á nuestro heróico pueblo, impulsándole á los desiguales combates en que iba á demostrar al mundo: cuanto valen, cuanto pueden los pueblos que quieren ser libres é independientes.

Qué mucho, pues, que prevalecieran entonces, deslumbrando con sus relucientes fulgores, los brillantes

hechos de armas de nuestros heróicos soldados; y brillaran y se impusieran con abrumadora lógica las dotes guerreras, las marciales proezas de nuestros caudillos! ¿No era aquel el momento de las súblimes hazañas, de los bélicos ardores? ¿y podía imperar entonces otra voz que no fuera la de breve, enérgica y sonora entonación militar?.....

Los pueblos tienen el instinto de las circunstancias: á ellas atemperan su voluntad, sus deseos, sus necesidades. El pueblo dominicano vió surgir el radiante astro de Santana en el caliginoso cielo de la patria, y su fulgurante irradiación deslúmbrole, como deslumbra el astro del día á los mortales que osan mirarle faz á faz.

La aureola de la victoria alcanzada el 19 de Marzo de 1844, le dió visos de salvador; la retirada de los haitianos le convirtió en redentor de aquel pueblo entusiasta, impresionable y ardiente. A esos timbres y al prestigio que da el éxito, debía sucumbir, como sucumbió, el elemento civil, imperando desde luego en los consejos, en la administración y en el ánimo de la ciudadanía, la representación de la fuerza armada, personificada en el general Santana.

Estamos lejos, muy lejos, de aplaudir esas veleidades comunes á los pueblos jóvenes; conocemos cuán carc les cuestan cuando, advertidos de su error y desbaratado el hechizo, danse cuenta del mal que han fomentado y de sus irremediables consecuencias; pero es frecuente en las sociedades nuevas erigir tronos y levantar altares para colocar en unos y adorar en otros á la fuerza y á

sus atributos, y hay que admitir el fatalismo de esa dura é inexorable ley.

Tal aconteció con Santana y la fuerza armada que á su mando aprendió á vencer y á conquistar laureles en el campo de batalla: único faro entonces en la negra noche de nuestra atribulada existencia, y mágico emblema á cuya sombra dormitaban la voluntad y la soberanía nacionales.

Y fué un error encararse con tan fuerte competidor, oponiéndole un civismo exagerado, impolítico, celoso y desconfiado, como tuvo la imperdonable falta de hacerlo aquel grupo de insignes patriotas y eminentes repúblicos que, á impulsos de un espíritu sectario, irritable y sospechoso, llegó hasta cometer la imprudencia de enviar á Duarte al campamento de Baní, cuartel general del ejército después de la batalla de Azua, para relevar á Santana de las funciones que, con tan justos títulos, ejercía en éste.

No podía ser más inoportuna, más falta de sentido político, tan inconsulta medida, y sus resultados probaron en breve la malhadada inspiración que la sugiriera. La militar incompetencia de Duarte, su extemporánea aparición en el campamento, su conocida misión de destituir al ídolo de aquellos soldados—disfrazada con el carácter que ostensiblemente representaba de auxiliar de Santana para activar las operaciones militares—hubieron de colocar en falsísima posición á aquel eximio repúblico, hábil ciertamente para las lides parlamentarias ó para las tareas legislativas y de gobierno: pero

inhábil para el mando militar de aquellas fuerzas, seducidas por su jefe nato y resueltas de antemano á la rebelión, antes que sacrificarle á una resolución inoportuna, arriesgada y de difícil ejecución.

Queda, pues, demostrada la supremacía del elemento militar, cuya razón de ser explican fácilmente aquellas circunstancias apremiantes, y robustece la imperiosa lógica de aquel momento histórico.

V.

Grave error y falta de sentido político de la Junta Central Gubernativa, y sus consecuencias.

Está más que probado los graves inconvenientes que aparejan los poderes colectivos, para imprimir marcha enérgica y decisiva á los acontecimientos públicos de la naturaleza de los que tenían lugar en los primeros días de nuestra separación de Haití, en que era de todo punto necesaria, junto con la unidad de miras, la más pronta ejecución de las medidas y resoluciones que se adoptasen con el fin de redimir al país de la pesada carga de la invasión, de la guerra y de sus consiguientes males. Y cuando en esos poderes reinan, además de los naturales inconvenientes de la diversidad de opiniones, los funestos agentes de los celos, de la envidia y de la sospecha, se agrava considerablemente el mal, y, al imperio de tan feas pasiones, sucumben el patriotismo, la razón de Estado y el interés nacional.

La Junta Central Gubernativa compuesta de elementos heterogéneos, aunque animada de patrióticos deseos y verdaderamente colocada á la altura de sus sagrados deberes, fué, sin embargo, víctima de esas disidencias y de esas pasiones que hemos señalado; y como quiera que en el ejército residía la fuerza de la nación, fijó con recelo sus ojos en éste y, fuera desconfianza en la lealtad ó pericia de su jefe ó emulación de alguno de sus miembros influyentes, pretendió sacrificar la unidad del mando que con tanto brillo y tan acertadamente había venido hasta allí ejerciendo aquel. Y lo que fué peor, no lo hizo con la entereza y ostensibilidad que debiera emplear la soberanía nacional–puesto que ella pretendía representarla,–sino empleando en el texto de su resolución reticencias de lenguaje, y en la ejecución de ella, vacilaciones y contemporizaciones que desvirtuaron forzosamente medida tan inconsulta como imprudente en aquellas circunstancias.

Vamos á demostrar esto último con expresivo dilema: ó el general Santana era inepto ó desleal y, en consecuencia, indigno de aquel mando superior militar; ó no lo era, y entonces....¿para qué enviarle un auxiliar que fiscalizara sus actos? Si lo primero, debió La Junta destituirle pura y simplemente; si lo segundo, no poner á su lado un émulo incómodo, tal vez inhábil para aquellas funciones y quizás demasiado celoso en el cumplimiento de aquellos equívocos deberes.

El general disgusto de los hombres sensatos del país y el del ejército en masa, significado este último con actos de espontánea rebeldía, que tan mal parado

dejaron el principio de autoridad, vinieron en breve á probar lo contraproducente de aquel paso por demás arriesgadísimo, y á echar los cimientos de anárquica división en aquellos momentos en que era indispensable la unión de todos los dominicanos en el común esfuerzo de alcanzar la pronta expulsión de los haitianos, y para organizar el país, creando definitivamente un gobierno fuerte, práctico, estable y duradero.

El general Santana, hombre al fin y como tal susceptible de las debilidades inherentes á la humana condición, idolatrado además por sus soldados, considerado, por los elementos serios y moderados, como capaz de llevar á cabo la organización del ejército y de seguir conduciéndolo con acierto en el camino de la victoria; sintió, el general Santana más que otro alguno, los efectos de aquella resolución. Su alma de patriota ardiente, de soldado invicto, hubo de reaccionarse con actos de independencia, seguramente contrarios al espíritu democrático de nuestra republicana institución, pero excusables en la ruda militar naturaleza del soldado y á raiz de los triunfos que había alcanzado á la cabeza de nuestras tropas.

No abundan en los pueblos: los Arístides, los Catón, los Washington; tampoco sus imitadores. Mucho más los tienen los Alcibiades, Temístocles, César y otros que al brillo de sus insignes dotes guerreras no reunieron el noble desinterés y la patriótica abnegación de los primeros.

El reto estaba lanzado y acentuado ya el antagonismo

político existente entre nuestros hombres públicos; antagonismo que estribaba en las causas que hemos hecho notar anteriormente, y que ya se apoyaba en otras más positivas y de índole más concreta, más irritable, más precisa.

La Junta Central Gubernativa obró, pues, con suma ligereza al delegar poderes al general Duarte para neutralizar la legítima influencia de Santana en el ejército, y dió palmarias pruebas de falta de sentido político, pretendiendo crear un émulo á este último con la presencia de aquel en medio de tropas fieles á su general y rehacias á la autoridad de aquel á quien no reconocían dotes y capacidad militares, y á quien tal vez ciertas incompatibilidades de su educación y carácter, con el nuevo cargo, –incompatibilidades que han certificado muchos de sus contemporáneos– no hacían idóneo para aquella emulación y mucho menos para anular al que, con la elocuencia de los hechos consumados recientemente, acababa de demostrar su incontestable superioridad y sus excepcionales cualidades para la alta dirección de aquella guerra memorable.

Y la guerra era entonces el móvil de todos los esfuerzos y el único medio de asegurar la reciente emancipación del pesado yugo haitiano!

VI.

Atentados contra la soberanía nacional, cometidos por ambos partidos.

Frente á frente los dos partidos que se disputaban la supremacía política, cada día más ensañados el uno contra el otro y reinando en ambos la fea discordia con su séquito de pasiones odiosas, iban en breve á significarse con actos en el terreno de la práctica, inaugurando las vías de hecho groseras y antidemocráticas que tanto se han repetido posteriormente en esta desventurada tierra, y que, sentando funestísimo precedente, han sido causa de que siempre trate la audacia, el capricho y la conveniencia de osadas minorías, de supeditar el democrático fundamental principio de la soberanía nacional.

Ambos partidos, roto todo concierto y armonía en el seno de la Junta Central Gubernativa, hicieron imposible un acuerdo, iniciando los llamados liberales la era de los golpes de Estado y de sus consiguientes per-

secuciones, de las que fueron víctimas sus contrarios, asilándose unos en consulados y ocultándose otros en casas particulares, como aconteció después del golpe de Estado del 9 de Junio de 1844. De esa suerte estimularon la resistencia y represalias de que muy luego habían de ser víctimas.

La órden terminante comunicada á Santana de disolver aquel ejército vencedor en tan heróicos combates, sin permitirle siquiera el derecho de obtener el premio moral de su entrada triunfalmente pacífica á la Capital de la república, donde sus compatriotas proponíanse ofrecerle las palmas de la victoria y saludarle con los víctores y honores de agradecido patriotismo; la no menos terminante y apremiantísima órden comunicada también á Santana de venir, con visos de acusado, al seno de la Junta á rendir cuentas de imaginarias faltas de obediencia y de sumisión, y de las protestas de adhesión á su persona elocuentemente formuladas con la resuelta actitud de las tropas á su mando; la actitud amenazadora de aquella Junta que, no siendo más que un poder transitorio, como emanado de un movimiento revolucionario, afectaba, sin embargo, arrogancias de soberano y remedaba con su excesiva desconfianza y desmedida sospecha, el espíritu inquisitorial de los fieros y ceñudos convencionales de la Revolución francesa; el envío del general Duarte al Cibao donde no le llamaban otros deberes que los que creara la suspicaz é injusta–por entonces–sospecha de que Santana preparaba, con el ejército del Sur, una agresión contra la Junta; todas, todas esas circunstancias contribuyeron mucho á enardecer la resistencia

y á despertar los recelos que el instinto de conservación por un lado y la ambición política por otro, iban muy pronto á convertir en culpables odios y en crueles medidas adoptadas por los que debían quedar triunfantes en aquella lid.

Y los acontecimientos hubieron de demostrarlo elocuentemente. Primero: con las demostraciones hostiles de aparatosa resistencia armada que revistió, por órden de la Junta, la ciudad capital, artillando sus fuertes y cerrando las puertas de su enmurallado recinto; y segundo: con la proclamación que, en favor de Duarte y con carácter definitivo de Presidente de la República, verificose en el Cibao, también ordenada ó sugerida, ó por lo menos de acuerdo con la misma Junta Central Gubernativa.

No tardaron los amigos de Santana, apoyados en el ejército del Sur, en verificar á su vez la proclamación de este general para Jefe Supremo de la Nación.

Y he ahí, pues, consumados los más torpes actos contra esa soberanía que unos y otros pretendían representar, considerándose respectivamente sus ardientes sumisos servidores; y he ahí establecida, en los albores de nuestra vida nacional, aquella funesta discordia, precisamente en el momento en que el enemigo común, incitado por el espectáculo de ella y alentado por su probable continuación, iba á volver sus vencidas armas y á pretender echar por tierra el vacilante edificio de nuestra independencia.

El carro estaba lanzado en aquella resbaladiza pendiente, y difícil era detener su vertiginosa carrera. Pre-

ciso era caer en el abismo de la anarquía y hundirse para siempre, si en los bordes de ese abismo no surgía un brazo poderoso y resuelto, capaz de evitar tan terrible catástrofe.

De la anarquía, por esa maravillosa ley de equilibrio que rige todos los órdenes de la naturaleza, surge casi siempre un poder, cuando no tiránico en toda la fuerza de la palabra, dominante, absorbente y avasallador: ese poder necesita amoldarse en un gran carácter y encarnarse en personalidad de talla.

Las tiranías ó sus similares no se albergan en gobiernos colectivos, como asambleas, convenciones ó juntas, porque esas corporaciones llevan en sí gérmenes que no cuadran al absoluto unitarismo con que aquellas revisten todos sus actos. La anemia de las naturalezas débiles, el natural federalismo de las asambleas, no se avienen con la fuerza, dureza y sumaria expedición de ese poder bastardo que engendra la anarquía y que, al nacer, rasga con violencia las entrañas de la madre infeliz, de la desventurada sociedad en cuyo seno albergárase su terrible monstruosidad.

El poder absoluto que las circunstancias produjeron, no hallaba su molde ni en la disolvente colectividad de aquella Junta, ni en la templanza ó platonismo de patriotas connotados, ni en las vagas aspiraciones de algunos, ni en el espíritu de utópico doctrinarismo de otros, ni, en fin, en la más ó menos fundada pretensión de asumirlo que abrigaban aquellos que, por la jerarquía de sus públicas funciones ó por otros títulos reales ó imagina-

rios, creíanse con derecho á ello. Y ese poder buscó en la fuerza su genuina representación; y la fuerza era entonces el ejército del Sur con Santana á su cabeza.

De las dos proclamaciones atentatorias á la soberanía nacional, prevaleció aquella que apoyaban la fuerza de las bayonetas y el incontrastable poder moral de un prestigio joven, sano, robusto é incuestionablemente legitimado por el éxito militar y por aquella otra soberanía que, desprendiéndose del conocido precepto "la salud del pueblo es la suprema ley," se impone frecuentemente con axiomática autoridad. Precepto es ese de suma elasticidad y sujeto á aplicaciones erróneas en la práctica de los acontecimientos públicos; pero lo invocan los pueblos en sus horas de suprema angustia ó de inminente peligro: cuando la anarquía conmueve toda una sociedad ó cuando extranjera invasión amenaza absorberla ó destruirla.

El pueblo dominicano, á quien amenazaban de consuno ambos formidables males, invocó ese precepto y delegó su soberanía en el aguerrido campeón de su independencia. Le erigió soberbio pedestal y le elevó á una altura en la que se sienten vértigos atroces y en la que jamás debieran los pueblos colocar á nadie. En las alturas se experimentan humos de arrogante poderío, se siente soberbio desdén hácia los que vistos de tan alto parecen despreciables insectos y hasta casi imperceptibles átomos.

El partido dominante colocó, pues, á Santana en la cima del poder, dándole facultades omnímodas para detener la anarquía, para organizar el país y para consti-

tuir fuertemente el ejército, baluarte de nuestra emancipación allá en las fronteras del territorio que poseémos en esta hermosa isla. Santana aceptó tan ardua misión con patriótico ardor y estimulado por la ambición de mando y de gloria, fomentadas por su prestigio militar y por las instancias de todos aquellos que le creían indispensable en aquellos momentos de crueles angustias.

Habíase creado una potencia frente á la única que debe existir legalmente en las democracias; habíase planteado el personalismo político, en cuyo estrecho círculo iban á girar seguidamente los destinos del país. En un pueblo joven, irreflexivo, inexperto é impresionable como el nuestro, prevaleció, y ha seguido prevaleciendo, la influencia personal del *caudillaje*, que debía eclipsar por completo los principios fecundísimos de la libertad y del republicanismo. En vez de rendir culto á estos últimos para levantar la república á la elevada categoría de nación libre, culta y civilizada, erigiéronse altares al falso brillo de personales ídolos.

La responsabilidad de la creación y entronizamiento del personalismo en nuestra patria, corresponde indiscutiblemente á los obreros todos de su independencia; á todos sin distinción, puesto que no supieron vencer el influjo de apasionadas rivalidades ni comprenderse recíprocamente en aquellos días aciagos en que excesivo celo y opuestas miras de exagerado é inexperto patriotismo por un lado, y temerosa desconfianza en las fuerzas de la nación, por otro, concurrieron por igual á substituir ese personalismo á la soberanía nacional.

Personalismo político engendró el *santanismo* triunfante. Personalismo político habría producido también, irremisiblemente, el triunfo de los parciales de Duarte.

No dependía ello del respectivo civismo, ilustración, desinterés y patriotismo de los caudillos rivales y de sus partidarios. Era la forzosa consecuencia de un estado de cosas en sumo grado anormal; era la forma lógica, por decir así, de aquel momento, y la resultante de causas que radicaban, como aún radican, en la índole y educación de los pueblos hispano-americanos, individualistas con exceso é idólatras por temperamento.

VII.

Causas que produjeron el triunfo de Santana y de sus parciales.

De los dos partidos que se disputaban el poder, debió quedar uno vencedor en la contienda: lo fué naturalmente aquel en cuyas filas, además del ejército y de sus principales caudillos, figuraban hombres importantes por su saber, por su experiencia, por su posición social ó pecuniaria y por las influencias que tenían en las masas populares.

No significa ello que en el opuesto no existieran también hombres notables por las mismas causas y circunstancias; pero es innegable que abundaban más en aquel.

Hemos visto en el primer capítulo de esta obra el antagonismo que surgió á raiz de nuestra independencia, entre sus actores, y las causas que lo motivaron. Realizada ésta por el común esfuerzo de la mayoría de los dominicanos, dirigida por los hombres de significación del país, fijaron los pueblos la vista en sus notables para encargarles la dirección de los negocios públicos y la

organización de la república, el día en que ésta se diera un gobierno legalmente definitivo. Entre tanto, la Junta Central Gubernativa, compuesta de los principales actores del movimiento separatista y en cuyo seno se agitaba el antagonismo político de que hemos hecho mención, fluctuaba entre las influencias de los opuestos elementos que la constituían, reflejando en sus decisiones ora las de los unos, ora las de los otros.

Semejante estado de cosas no podía ser duradero en razón á las críticas circunstancias que atravesaba el país, circunstancias que exigían un orden de cosas más homogéneo, más estable y más fuerte. Reinaba, en consecuencia, el descontento y bullía en todos los ánimos el propósito de hacer desaparecer el mal, sustituyéndolo con un gobierno sólido, formado por hombres de reconocida capacidad y de dotes prácticas, que estuviesen á la altura de tan delicadas funciones.

Y como quiera que esos hombres, al menos una gran parte de ellos, constituían el importante poderoso grupo de los llamados en aquel tiempo afrancesados ó extranjerizados -por sus conatos en solicitud de extraña protección- hubo de hallar en ellos la selección popular, suficientes elementos para realizar el pensamiento vital de llevarlos á la gestión pública, prefiriendo así la oligarquía del saber, de la madurez y de la experiencia, si así podemos calificar las favorables circunstancias que reunían los Bobadilla, Caminero, Delmonte, Valencia y otros, al ruidoso, inquieto, declamador é instable doctrinarismo del opuesto grupo, cuyas ideas eran patrió-

ticamente dignas, pero impracticables-en el concepto público de aquellos días- é incomprensibles y prematuras -en el nuestro- para un pueblo nuevo, á quien sólo podían satisfacer hechos palpables, y no cautivar teorías ciertamente elevadísimas, pero de problemática aplicación en aquel tiempo.

La oligarquía había de dirigir los primeros pasos del pueblo niño, de ese pueblo que quería verse conducido por mano sabia, fuerte y poderosa; y ella, comprendiéndolo admirablemente, se atrajo al caudillo militar de más nota, al que personificaba la defensa nacional, la fuerza y el éxito. Santana, por su educación, por la seriedad y rectitud de su carácter, por su vida de prácticas labores en la ancha esfera de acción de sus rurales faenas, por la indomable energía de su férreo temperamento, por aquellas geniales dotes de mando y de guerrero insigne que se revelaron con increible celeridad en los escasos días de existencia que contaba la república, fué, por sus nexos y afinidades con aquella oligarquía, el brazo y muchas veces la cabeza del nuevo poder que se asentaba en sólidas bases en el poco antes agitado suelo de la patria.

La Historia nos suministra elocuentes ejemplos de que casi siempre ocurren los pueblos, en su infancia, á sus pares y notables para constituir sus gobiernos y para encomendarles la dirección de sus destinos. Ahí están, para probarlo, los patriarcas de la más remota antigüedad, los Eupátridas de Atenas, los patricios romanos, los nobles de la Edad Media, y en nuestros tiempos, las oligarquías de la América meridional.

Natural fué, pues, que los dominicanos siguiesen una práctica casi instintiva, por decir así, en la nueva vía que acababa de abrirles su recién adquirida emancipación y que pusiesen la gestión gubernativa en manos de aquellas personas de marca que, en la ciencia, en el foro, en la jurisprudencia, en la cátedra, en el clero, en las artes, en el comercio y en las industrias, se habían distinguido, sobresaliendo del común de la ciudadanía, y en las de otros que á esas notables circunstancias unían las de un nombre tradicionalmente respetado y distinguido.

La joven democracia, entusiasta, ardiente y fogosa, no podía medir sus relucientes armas, manejadas por la febril y ardorosa impaciencia de sus jóvenes adalides, con las sólidas, bien templadas y mejor esgrimidas de aquellos sabios maestros y poderosos campeones que se llamaron Santana, Bobadilla, Jimenez, Delmonte, Valencia, Caminero &, &, &. Los inexpertos corifeos de aquella: Sanchez, Duarte, Mella, Pina, Perez, tuvieron que sucumbir en lucha tan desigual, para luego ser víctimas del ciego fatalismo de una política harto represiva y asaz dura y reaccionaria.

VIII.

Política reaccionaria del nuevo gobierno: sus causas, excesos y atenuaciones.

Constituido legalmente el primer gobierno constitucional de la república con el advenimiento de Santana á la Presidencia, se rodeó éste de sus más adictos partidarios y de sus mejores amigos, sin dejar por éso de ocupar á todos los hombres honrados y de valimiento, cualesquiera que fuesen sus opiniones políticas; y, con excepción de los próceres caudillos de la situación caida que se hallaban en el destierro, todos los hombres de significación ocuparon destinos en la jerarquía oficial y concurrieron á la organización del país

Los acerbos resentimientos y los apasionados odios que había engendrado la corta lucha de los partidos, despertaron en el ánimo de los árbitros de la nueva situación excesiva desconfianza é infundados temores de que se alterase la tranquilidad pública. Esa circunstancia, unida á la perenne amenaza del intruso vecino que

no había cesado de menudear sus nuevos atentados de invasión y de hacer alarde de sus reconquistadores propósitos, produjo una política sospechosa, precavida y duramente represiva contra los que tratasen de invertir el orden de cosas existente, ó, cuando menos, de concitarle opositores y de crearle rémoras de cualquier género, en la marcha que se habían propuesto seguir aquellos hombres, para sostener á todo trance el orden interior y arbitrar recursos para sostener la guerra extranjera.

Las falsas teorías de aquella época concernientes al principio de autoridad, que, según los más, debía reposar en la solidez de un gobierno fuerte, enérgico, duro y parcimonioso en la aplicación de las leyes, y por ende dotado de facultades ejecutivas, tan omnímodas como las que concedía el artículo 210 de nuestra primera Constitución política, establecieron, como norma de los actos gubernativos, extremada dureza, desarrollando en las esferas oficiales un espíritu rudo y militarmente rigorista; impropio, exótico en las verdaderas democracias y sólo concebible en los disciplinados cuarteles de un ejército.

Era todavía el rigor en la primera mitad de este siglo, el terrible cruel regulador en las aulas, en el hogar y donde quiera que se ejerciese autoridad alguna. Y el rigor y la falta de tolerancia embotan la sensibilidad y producen la crueldad con su séquito de refinamientos.

Bajo semejantes auspicios, mal podía ser paternal un gobierno que tendía á representar la fuerza, la entereza del principio de autoridad con toda la exageración de un falso concepto extremadísimo; y así, fueron sus

medidas represivas, aunque algunas veces justas, casi siempre en extremo rigurosas.

La erección del horrible cadalso en el cual perecieron infelices víctimas, arrojadas á él por las despiadadas sentencias de jueces militares que juzgaban sumariamente las causas originadas por los atentados al orden público, en virtud de decretos expedidos por el Poder Ejecutivo para prevenír los conatos revolucionarios que germinaban en la oposición; fué un gravísimo error de aquellos estadistas y el más exacto corolario de aquella dura política, censurable por sus efectos, pero hija de aquellos tiempos, de aquellas excepcionales circunstancias en que la más mínima protesta, el menor síntoma revolucionario, la más dudosa vía de hecho, considerábase horrendo crímen de lesa patria, descabellado atentado contra la pública seguridad.

No pueden ni podrán nunca hallar justificación tan punibles excesos; pero algo atenúa su ejecución el orígen de sus causas y el móvil que impulsara ciegamente á sus autores: Hemos dicho que éntonces eran incompatibles la tolerancia, la clemencia y todo acto que revistiese alguna magnanimidad, con la rectitud del falso y exageradamente concebido principio de autoridad. Añadiremos, ahora, que la inexorabilidad de aquellos mandatarios y principalmente la del general Santana, -pues en éste era en sumo grado característica,- no admitían concesiones de ninguna especie, tratándose del orden y estabilidad de su gobierno, entregado por otro lado á fructuosísimas tareas administrativas y de organización

en todos los ramos de la administración pública, y muy especialmente á la creación del ejército que debía oponerse á los csados invasores haitianos, como tendremos lugar de ver en el siguiente capítulo.

IX.

Excesiva y benéfica labor del primer gobierno de nuestra república.

Está probado, de modo irrevocable, que á aquel gobierno cupo la ímproba tarea de dotar al país de todo cuanto necesitaba con urgencia: leyes, finanzas, organización judicial y religiosa, ejército, marina, ayuntamientos, impuestos públicos, creación y establecimiento de oficinas para el buen servicio público, extinción de añejas instituciones, restos del antiguo coloniaje; instrucción pública, fomento de artes é industrias, protección y ensanche á la agricultura, gestiones diplomáticas para conseguir el reconocimiento de la república por las potencias extranjeras cuyo comercio estaba más relacionado con el nuestro, protección á este último para el desarrollo de sus operaciones; y todo, todo el rodaje de la complicada máquina gubernativa fué obra de aquellos notables estadistas, á quienes tocara la grande y ejemplar

misión de crear tales prodigios de organización pública en medio del fragor de los combates, casi sin elementos, sin crédito y con los únicos factores de su laboriosa constancia, de su ardiente fé, de su acrisolado patriotismo.

Justo es que la generación actual sepa todo eso y aprenda á conocer, por su portentosa obra, á los insignes varones que contribuyeron á darnos patria libre é independiente, y que también supieron organizarla y dotarla de todo aquello que es indispensable á la vida de las naciones cultas y civilizadas.

La organización de un país que nace á la vida independiente en las anormales condiciones en que nació el nuestro, es trabajo magno, sólo realizable para almas bien templadas al calor de muy acrisolado civismo, para inteligencias muy superiores y para grandes y muy enérgicos caracteres.

Hasta hoy ignoran muchos de nuestros compatriotas la labor inmensa, variada, llena de afanes y de desvelos que tuvieron que llevar á cabo aquellos gobernantes, para sacar la nueva república del caos en que se hallaba sumida á su advenimiento á la vida de los pueblos independientes. Prolijo sería siquiera reseñar sucintamente los eminentes servicios de aquel grupo de buenos patriotas y eximios ciudadanos, bastando al observador imparcial el simple conocimiento del estado del país y el de los peligros que amenazaban, conjuntamente, destruir su precaria existencia en aquella época, para darse cuenta de la magnitud de aquellos.

En dos años tan sólo de gestión gubernativa, abarcaron aquellos hombres mayor y más difícil tarea que

la que posteriormente habían de llevar á cabo sus sucesores todos hasta el presente. No incurrimos en exagerada hipérbole al aseverarlo de esa manera, puesto que podríamos oponer pruebas concluyentes al excepticismo de algunos ó á la ignorancia de los que en esta tierra desconocen la verdad á ese respecto.

Mucho se han encarecido los méritos de algunos próceres de la Independencia, muchos epítetos se han otorgado á otros; en el esplendoroso cielo de esa Independencia figura todo un olimpo con sus dioses y su jerarquía, creado: ora por la gratitud nacional, ora por el férvido entusiasmo de exaltados admiradores. Todo ello es bueno, buenísimo, porque de esa suerte deben los pueblos premiar á sus héroes, á sus mártires, á sus próceres..... Pero, ¿no es justo reservar, en ese olimpo, señalado puesto á aquellos obreros de la organización de nuestra república, quienes, menos fastuosamente pero con más eficacia, lograron formar una nación de aquella débil crisálida, de aquel embrión nacido en tiempos tan adversos y tan poco propicios á su desarrollo, cuando la inclemencia de días tempestuosos era su medio ambiente, y sus recursos el triste legado de vigentes resabios de una mala educación colonial?

Creemos que sí, y por ello nos extraña sobremanera los vacíos que presentan, en ese sentido, las relaciones históricas, las reclamaciones y las reivindicaciones que, en estos tiempos principalmente, han venido haciéndose para establecer jerarquía en los merecimientos, en las loas, en las apoteosis de los principales obreros de la fundación de nuestra república.

X.

Proverbial desinterés y ejemplar abnegación de los contemporáneos de la Independencia.

Aquí si que nos sería difícil escoger tipos é indicar nombres para dar á conocer, á la actual generación, lo desinteresado, lo abnegado de nuestros progenitores, en aquellos tiempos en que, para honra y gloria de sus preclaros nombres, reinaba la más sublime emulación de ofrendar á la patria: vida, fortuna y cuanto se poseyera en el mundo.

Los ejemplos que, en ese sentido, diera aquella generación de héroes y de patriotas, habría que irlos á buscar á los tiempos heróicos de la Historia, para hacerse cabal idea de su magna elevación.

Desde el último soldado hasta el más encumbrado general; desde el más humilde empleado civil hasta el más alto magistrado de la oficial jerarquía; todos, todos, dieron elocuentes pruebas de abnegación inaudita: arte-

sanos, industriales, comerciantes y pueblo entero, brillaron por el desinterés con que todos, en su respectiva esfera de acción, sirvieron á la patria en aquella época memorable.

Si hoy tuviera ella, la patria, que exigir de los pigmeos de la actualidad, iguales sacrificios, igual desinterés, igual abnegación, ¿podría obtenerlos? ¡Ojalá equivocarnos! pero dudamos mucho que con el sibaritismo, el lujo, el apego al vil metal, á la holgazanería y á los deleites de que adolece, por desgracia, esta generación enferma, degenerada y prematuramente decrépita, pudiera ella encontrar la misma espontaneidad y orgulloso espartanismo de que dió tan altas pruebas la heróica generación de 1844.

Es increible el desprendimiento con que el pueblo dominicano sirvió la causa independiente: apenas había armas, pertrechos, raciones, equipos y fornituras militares; sin embargo, sobraban los soldados: las remuneraciones y sueldos eran tan cortos que hoy se avergonzaría un empleado subalterno de recibir los que, en más elevada categoría, recibían aquellos servidores modelo de la pobre, pobrísima nacionalidad dominicana.

Indivíduos hubo que se equiparon de un todo, sin recibir emolumento alguno durante toda una campaña, y que, de regreso á sus hogares, los encontraron desiertos y arruinados; campesinos que, al grito de alarma, abandonaron sus huertas, sus labranzas y sus chozas, dejando enmohecer las herramientas agrícolas para ir á empuñar las armas en defensa de la patria. En fin, en todas

XI.

Los prohombres de nuestra independencia política.

Notable pléyade de varones eximios fué ciertamente la que realizó nuestra gloriosa separación de Haití, no contando para ello más que con la sublime inspiración de su amor patrio, con el ardiente entusiasmo y esforzado valor de un pueblo decididamente resuelto á alcanzar su libertad.

Si tratásemos de hacer la completa relación de sus nombres, gran espacio necesitaríamos para lograrlo, porque á la verdad fueron muchos los héroes de aquellas jornadas inmortales, si se tiene en cuenta que no sólo lo fueron aquellos que en el baluarte "El Conde" dieron el grito de separación el 27 de Febrero de 1844, sino también todos los que anterior, simultanea y posteriormente sirvieron con igual decidido arrojo aquella nobilísima causa. Nos concretarémos, por consiguiente, á referirnos á los que por la importancia de su cooperación y por sus luces sobresalieron en el numeroso grupo redentor.

La iniciativa del pensamiento separatista no puede decirse, con propiedad, que perteneciese á determinada personalidad ó círculo social, pues sabido es que desde que los haitianos usurparon, con su violenta agresión armada, la soberanía que quisieron fundar los que, dirigidos por Nuñez de Cáceres en 1821, la proclamaron junto con nuestra independencia del dominio colonial de la española metrópoli; germinaban en el ánimo de la mayoría de los dominicanos las ideas de protestar contra aquella intrusa dominación y de llevar á cabo la más completa separación de dos pueblos antagónicos por idioma y costumbres; espíritu sociable, hospitalario y progresista del nuestro; y exclusivismo y preocupaciones de raza del haitiano. Conocidos son los repetidos conatos de insurrección con que los dominicanos significaron varias veces sus vehementísimos deseos de sacudir el ominoso yugo que, con el imperio de la fuerza, impusiéranles los haitianos, y sabido es que de padres á hijos heredábase instintiva repulsión hacia tan audaces usurpadores, junto con el firme propósito de demostrar, con hechos de elocuentísima realidad, la inquebrantable resolución de nuestros padres: de morir antes que confundir nuestros opuestos destinos, en amalgama imposible, con un pueblo antipático y en absoluto refractario á nuestra sencilla, moral y humanitaria civilización.

Existían, pues, en la atmósfera del país y, por decir así, en sus propias entrañas los gérmenes del glorioso alzamiento que había de libertarnos de aquel torpe y arbitrario dominio: en todas partes acariciábase tan lau-

dable pensamiento, en todas partes ardía el fuego sagrado de la redentora idea.

El padre Gaspar Hernandez, chileno, eminente por su talento, doctísimo saber y vasta ilustración, ejerció un apostolado activo entre la juventud dominicana, y. eficazmente auxiliado por otros patriotas sus contemporáneos, sembró la fecunda semilla mucho antes de que los miembros de "La Trinitaria" congregáranse para dar empuje á la idea separatista.

Cuando esa sociedad, en la que se distinguieron: su egregio fundador Juan Pablo Duarte, Félix Mª Delmonte, Serra, Pina, F. Alfau, del Castillo, Ruiz, Lluberes y otros jóvenes patriotas é inteligentes, inició su gloriosa obra, también laboraban en el mismo sentido, y con igual ardor y entusiasmo, patriotas y hombres eminentes como Bobadilla, Sanchez, Jimenes, Pedro y Ramón Santana, Caminero, Baez, Francisco Javier Abreu, Lopez Villanueva, Domingo de la Rocha, Juan A. Acosta, Valencia, Félix Mercenario, Carlos Moreno, Manuel J. Delmonte, Aybar, Valverde, Mena, Cambiaso, Alfau, Puello, Miura, Gonzalez y otros distinguidos ciudadanos y entusiastas obreros, entre los que figuraban algunos comerciantes extranjeros.

Todos ellos, si menos ostensiblemente, hacíanlo, no obstante, con tanta oportunidad y eficacia como aquellos, resultando del común esfuerzo y de la compacta unidad de miras en lo concerniente á la separación de Haití, el triunfo de un pensamiento que, como hemos dicho en otro lugar, estaba fuertemente encarnado en la casi universalidad de los dominicanos.

En el Cibao y en las demás poblaciones de la parte antes española de la isla hubo también fuertes columnas y decididos campeones de la noble causa: José Mª Imbert, Francisco Antonio Salcedo, Mendoza, Medrano, Duvergé, Valverde, Vasquez, Valerio, Manuel de Regla Mota, Linares, los Féliz, Francisco Soñé, Ramirez, Tavera, Alvarez, Cabral, Alvarez Cartagena y otros y otros, concurrieron á su brillante éxito, levantando sus respectivas comarcas y lanzando sus conterráneos á la inmediata lucha que pronto iba á consolidar, de modo estable y permanente, el glorioso hecho de nuestra emancipación.

A todos esos hombres distinguió ardiente patriotismo, todos abrazaron la revolución con abnegado propósito de alcanzar el triunfo, aún á trueque de sus vidas.

A unos cupo la iniciativa del movimiento en la ciudad de Santo Domingo; á otros, simultáneamente, en otras poblaciones. Unos fueron los apóstoles propagadores con el elocuente verbo de la emancipadora idea; otros sus baluartes en el campo de batalla, donde la consagraron con el bautismo de generosa sangre y contuvieron con sus denodados pechos aquel torrente invasor del reaccionario, torpe é irrealizable ideal de nuestros vecinos de Occidente; y otros, en fin, con su sabia sensata y fecunda gestión, fueron los organizadores de aquel hecho memorable, los legisladores y administradores de la ya redimida patria.

Para trazar el círculo en que pueden caber los hombres de la Independencia, es necesario, justo, obligato,

rio, abrir el compás y describir ancha curba para que quepan en ese círculo tan sólo los principales actores de nuestra redención política.

Somos decididos partidarios de la amplitud con que obra la justicia para premiar el mérito; aborrecemos la estrechez de esos raquíticos monopolios que la pasión funda para acaparar, en obsequio de sus ídolos, glorias que pertenecen á muchos.

Y no de otro modo podría la posteridad premiar equitativamente el mérito insigne, la noble resolución, el revelante patriotismo, la sin par abnegación de los ilustres dominicanos que fundaron nuestra república!

XII.

El ejército haïtiano de aquella época y su absoluta superioridad sobre nuestras primeras fuerzas patriotas.

Está fuera de duda la inmensa superioridad del ejército haitiano sobre las mal armadas é indisciplinadas agrupaciones de improvisados soldados que opuso á su inmediata invasión el primer gobierno de nuestra república, por más que se haya pretendido sostener lo contrario. Como unidades tácticas, como disciplina, organización, armamento y como todo lo demás que es común en los ejércitos, superaba en mucho á nuestras bisoñas tropas, compuestas, no de soldados aguerridos, sino de patriotas resueltos que corrieron festinadamente á disputar el paso al engreido invasor.

La inteligente organizadora administración de Boyer, que tan largos años de paz y de estabilidad proporcionó al vecino Estado, llegó á formar tropas disciplinadas, á organizar un ejército relativamente bueno, mandado por veteranos generales y por considerable núme-

ro de oficiales inteligentes é instruidos: reliquias, algunos de los primeros, de las milicias criollas que militaron con los franceses, y sus aprovechados discípulos los segundos. Creemos inútil entrar en detalles á ese respecto, bastándonos citar algunos de sus más distinguidos militares de aquel tiempo: Charles Hérard, Pierrot, Monpoint, Morissette, Samedi, Dénis, Geffrad, Hector y otros.

En cambio, nuestros jefes y oficiales, improvisados por la urgencia de aquellos supremos instantes, apenas tenían antecedentes y nociones militares: iban á hacer, la mayor parte de ellos, su aprendizaje en aquella guerra.

En cuanto al armamento y pertrechos, no había punto de comparación entre los escasísimos de que pudo disponer el llamado ejército dominicano y la superabundancia de que rebosaban, en ese sentido, los bien provistos y surtidos parques de nuestros enemigos.

La tropa dominicana, con excepción de los desprovistos cuadros de los regimientos 31 y 32, componíase de improvisados reclutas y de voluntarios, sin más instrucción militar que la que por instinto sugiriole el que podemos llamar peculiar espíritu belicoso de este pueblo.

Nuestra artillería reducíase á viejos cañones casi en totalidad desmontados y hacinados con descuido en los patios de la Fortaleza de Santo Domingo. Sin cureñas, con escaso y defectuosísimo material rodante, desconocido el sistema de montaña, bien puede decirse que no teníamos artillería que oponer á la invasión. La medida de ello nos la suministra la honrada tradición;

refiere ella que el único disparo de cañón que se hizo en la batalla del 19 de Marzo, fué sobre improvisada tosca cureña, formada de una tosa de caoba que solamente pudo resistir ese ineficaz disparo.

La escasez de fusiles en las fuerzas dominicanas fué tal, que nuestra infantería se vió obligada á usar lanzas, como antiguamente los célebres tercios españoles y la infantería europea; y aquellas lanzas, montadas en toscos leños, una gran parte de ellas, hicieron prodigios cada vez que los combates cuerpo á cuerpo y al arma blanca se empeñaron con la frecuencia propia de aquellos tiempos.

El trascurso del tiempo, el decidido afán y estudiosa consagración de muchos de nuestros militares, consiguieron posteriormente que nuestro ejército alcanzase alguna disciplina y que ciertos cuerpos, en corto número sin embargo, pudiesen competir con las tropas haitianas, en calidad y disciplina solamente, pero siempre con notable desproporción numérica. Ellos tenían divisiones y brigadas; nosotros: pocos regimientos y batallones.

Hemos querido, al parangonar nuestro improvisado ejército con las relativamente disciplinadas, bien armadas y organizadas tropas haitianas, demostrar que no fué solamente la enorme ventaja del número la que favorecía á los haitianos en aquella guerra, sino también la de la calidad de sus fuerzas militares y la de la posesión de armamento y parque muy superiores á los nuestros. Semejante desproporción hace resaltar más y más el valor heróico y denodado esfuerzo desplegados por

nuestros compatriotas en aquellas lides inmortales, en las cuales, con asombro del mundo civilizado, supieron salir tan completamente victoriosos.

No es necesario, para ratificar cuanto sobre el particular llevamos dicho, más que apelar al sentido común, que nos probaría hasta la evidencia la absoluta verdad de lo que en vano se ha pretendido refutar. Apelemos, pues, á tan poderoso auxiliar para demostrarlo: Gobernábanse autonómicamente los haitianos desde principios del siglo, habiendo tenido, por consiguiente, suficiente tiempo para organizar un ejército y proveerse de parque y armamento. Para conseguirlo contaron con los abundantes recursos materiales que les legara la inmensa riqueza colonial de los franceses, la que, aunque mutilada, estropeada y mermada por la genial incuria de aquellos, ofrecíales, sin embargo, sobrado caudal y abundantes medios para el caso. Habían ellos sido, durante veinte y dos años, dueños absolutos de la isla entera, y dispuesto, como tales, de las rentas públicas; el inicuo arbitrio de las confiscaciones de bienes de emigrados, les proporcionó, por otro lado, inagotable venero de recursos, explotado con inaudita voracidad. Todo eso constituía, pues, una riqueza, cuya mayor parte invertían los haitianos en las atenciones de su extravagante ejército, pero de su ejército al fin.

Por nuestra parte habíamos estado, durante veinte y dos años, sometidos á su tutela, en peor condición que los siervos que otros más grandes y verdaderos conquistadores hicieran en la antigüedad, cuando al carro triunfal de sus victorias uncían á pueblos enteros. No te-

níamos derecho á participar de públicos empleos, y si la sombra de una diputación y otros cargos efímeros y ridículos trataba de disimular la absorción con que aquellos impúdicos señores pretendieron destruir el sentimiento nacional, que, vívido cual fuego eterno, ardía en los corazones de nuestros antepasados; el hecho es que vegetaban los dominicanos en las tinieblas de la esclavitud de pueblo conquistado, acaso la peor de todas las esclavitudes, por sus generalizaciones y por la atmósfera afixiante y letal en que envuelve á sus víctimas.

De ese modo: sin libertad, sin derechos, no podían seguramente nuestros compatriotas crear ejército, ni reunir armas ni municiones, ni nada, absolutamente nada, para hacer la guerra que vislumbraban en cercano porvenir. Sus trabajos tenían que ser enteramente revolucionarios, fraguados en el misterio y en la sombra de profundas selvas, ó en las soledades de los abandonados templos y de los derruidos claustros, que la impiedad haitiana convertía en cuarteles y abandonaba luego al torpe señorío de asquerosas aves nocturnas.

En tan tristísima condición, y de tal medio, no podían salir soldados aguerridos. Sí: conjurados y ardientes revolucionarios, resueltos á cumplir en la pelea su sagrado juramento de redimir á la patria ó de morir noblemente en la demanda.

He ahí, pues, lo que opuso la naciente república á las invasoras huestes haitianas. Y, ¿podía, en rigor, llamarse éso. ejército ó cosa parecida?....

XIII.

Proyectos de protectorado extranjero.

Ya se ha visto que, á raíz de nuestra independencia política, existía en el ánimo de considerable número de eminentes patriotas la idea de robustecer la reciente obra con la protección de una nación fuerte y civilizada; idea que radicaba en el llamado plan de Levasseur y que sustentaban, con el buen propósito ya indicado, la mayoría de los elementos serios del país.

Se ha pretendido revestir esas gestiones de carácter antipatriótico, y, como tal, inclinado á soluciones anexionistas. Es deber de la imparcialidad histórica rectificar tan erróneo criterio, oponiéndole sobria pero elocuente argumentación que lo destruya por completo y haga prevalecer otro más imparcial y, en consecuencia, más ajustado á la verdad de los hechos que á ese respecto tuvieron lugar en aquel tiempo.

Después de proclamada, por Núñez de Cáceres en 1821, nuestra independencia del dominio español, fuimos

incapaces, por circunstancias generalmente conocidas, de crear una nación y de darnos un gobierno propio. Boyer que, como buen haitiano, acariciaba el pensamiento de unificar el gobierno de la isla, bajo su mando, no tardó en sacar partido de nuestro frustrado proyecto más que el tiempo de realizar su intervención armada ó, mejor dicho, su fácil conquista.

Resuelto de esa manera el problema de nuestra emancipación de la madre patria, sorprendidos y disgustados, los dominicanos, de aquella exótica tutela que se abrogaba el usurpado derecho de gobernarlos y de disponer galanamente de sus destinos, echaron de menos, muy en breve, la anterior paternal tutela de la nación que, desde siglos atrás y con la cortísima interrupción de las consecuencias del tratado de Basilea–consecuencias que anuló en breve la popular reconquista brillantemente realizada por Sanchez Ramirez–los había venido gobernando, si no tan sabiamente como era de desear, al menos con paternales vínculos, fortalecidos con la identidad de idioma, de religión y de costumbres. Por esa causa, y deshechas por el momento las ilusiones autonomistas de nuestros progenitores, con el triunfo grotescamente imperioso de los emancipados siervos del coloniaje francés, pensaron aquellos, en tan triste orfandad, intentar una segunda reconquista en favor de España, y, al efecto, con demostraciones y abortadas vías de hecho, significaron sus propósitos en ese sentido.

La idea de redención del haitiano yugo fué casi siempre inseparable compañera de la de reincorporación á la Metrópoli; y debía ese estrecho consorcio producir

natural y lógicamente en el ánimo de la mayoría de los dominicanos la firme convicción de que sólo por medio de la intervención, de la ayuda, de la eficaz cooperación de aquella, podrían ellos alcanzar el éxito del pensamiento, genuinamente autonómico y radicalmente nacional, que después concibieron de fundar la República dominicana.

Frustradas las esperanzas de los que dirigían ese trabajo, con las dificultades que les opusieron las autoridades coloniales de las Antillas españolas, en vísperas de realizarse el movimiento separatista, y siempre presentes en su memoria las desastrosas consecuencias del inconsulto y festinado acontecimiento de 1821; no desmayaron en su propósito de cobijar, con el amparo de una potencia extranjera, el pensamiento redentor que iban en breve á proclamar y á sostener con el denodado esfuerzo de sus independientes voluntades y con la firmeza de inquebrantables convicciones.

Después de España, no había otra nación que tuviese mayor analogía con los dominicanos, como la Francia, á la que además debían ellos, durante el corto dominio de esa potencia en el país, á principios de este siglo, la adopción de leyes sabias y liberales y de inmejorables prácticas gubernativas y administrativas; nación interesante por su grande, generosa, fecunda historia; simpática por su espíritu universalmente expansivo y por el carácter caballeroso, cortés y afectuoso de sus hijos. A tan favorables circunstancias uníanse las demostraciones inequívocamente explícitas de sus representantes diplomáticos y agentes consulares en la isla. Ambas

causas produjeron el entendido oficioso que resultó entre éstos y el recomendable grupo de distinguidos patriotas dominicanos que, animados del noble deseo de rodear de las mayores garantías y de indestructibles seguridades á la obra redentora y á su porvenir, creyeron de buena fé haberlo logrado con el citado entendido.

Y si éste no llegó á alcanzar la sanción legal que unos y otros se propusieron conseguir, nadie podría negar la influencia benéfica que tuvo en el triunfo de nuestra causa la oficiosa intervención que, en alas de ardiente simpatía, desplegara en pro de ella el cónsul francés Juchereau de Saint Dénis, según lo hicimos presente en uno de los anteriores capítulos de esta obra.

Es de suponer que, en resarcimiento de la protección que de la Francia se solicitaba entonces, existieran promesas de franquicias comerciales y de ventajas de palmaria utilidad para sus nacionales, y hasta la concesión de algún apostadero marítimo. No pueden solicitarse, á título gratuito, favores de esa naturaleza, ni empeñar el crédito y la responsabilidad de una nación extraña, sin ofrecerle en cambio una suma por lo menos igual de ventajas remunerativas, que compensen los servicios que aparejan esa clase de compromisos y la firme resolución de cumplirlos en un terreno tan resbaladizo como indudablemente lo habría sido el en que se hubiera colocado la Francia, ú otra nación cualquiera, al constituirse en protectora de los dominicanos, con tanta rabia y tan frecuentemente atacados por la insana temeridad de sus pseudo-conquistadores.

De ahí, pues, que mediaran ofertas en los preliminares de esas negociaciones; ofertas cuya latitud habría hecho quizás peligrar la integridad de nuestro territorio, ó, cuando menos, impuéstonos deberes y obligaciones enojosas para nuestra autonomía, incómodas para el desenvolvimiento y libertad de nuestro comercio, y tal vez difíciles de cumplir oportuna y eficazmente, dadas las incipientes condiciones de nuestra naciente república.

Pero el hecho es que aquellos patriotas concibieron el protectorado español y luego el francés, sin la menor idea preconcebida en detrimento de la honra nacional, y que se creyeron bien inspirados al procurar el valioso concurso de una ú otra de aquellas dos grandes naciones, para la inerme, desvalida y vacilante patria que contribuyeron á formar.

Estamos seguros de que ninguno de ellos se arrepintió jamás de haberlo intentado ni experimentó nunca el desaliento que experimentan aquellos que ven frustrados proditorios planes; y muy en breve lo demostraron con su asídua consagración á la causa independiente.

Son muy discutibles la oportunidad y la legitimidad de esos conatos de protectorado extranjero, sobre todo hoy día en que las ideas cosmopolitas han adelantado tanto y llegado á moderar considerablemente el exclusivismo nacional de antaño y las sensiblerías de un patriotismo suspicaz, receloso y por demás huraño, Creemos que si se hubiese conseguido entonces la franca y leal protección de un pueblo civilizado y progresista, sin enagenar parte alguna de nuestro territorio, se ha-

bría evitado aquella guerra encarnizada que, durante más de diez años, estuvimos obligados á sostener contra Haití, no se habría efectuado más tarde la anexión á España, y habríamos progresado de modo altamente ventajoso para nuestra todavía deficiente civilización.

La realización del protectorado de la Francia ó de la España no debía aparejar forzosamente la pérdida de parte de nuestro territorio, y habría podido tener lugar mediante condiciones honrosas y recíprocamente ventajosas para ambas partes contratantes. ¿Por qué dudarlo? ¿No lo acreditan las mismas dificultades que ambas grandes potencias opusieron en aquella época á su realización?.....y, ¿acaso no eran suficientes otros resarcimientos de menos apariencia, pero indiscutiblemente más fructuosos para el comercio é industria de aquellas naciones?

El pensamiento de buscar un protectorado á la República dominicana, podía ser más ó menos congruente, más ó menos popular, tratándose del de Francia, pues en cuanto al de España, hemos dicho y ahora lo repetimos, era idea corriente en la generalidad de nuestros mayores, quienes. con pocas excepciones, recordaban con agrado los tiempos de la española dominación. Pero ese pensamiento no argüía en manera alguna, de parte de sus iniciadores y sostenedores, la más mínima disposición á cambiar de dueño, ni la más remota idea de comprometer la autonomía nacional, por todos tan ansiada en aquellos momentos.

El nacional decoro y el respeto á la memoria de los

hombres que trabajaron en ese sentido, tan patriótico como prudente, obligan á la actual generación á rectificar los ofensivos conceptos que injusta suspicacia ha vertido, y que hemos visto crecer y desarrollarse merced á la impunidad de que han gozado hasta el presente.

XIV.

Incompatibilidades, para ejercer el poder, de los jóvenes próceres de Febrero de 1844.

Hemos dicho en otro lugar de esta obra que, hasta cierto punto, eran incompatibles los jóvenes próceres del 27 de Febrero de 1844, con el ejercicio del mando en aquellos momentos críticos que atravesó nuestro país en las primeras jornadas de su independencia.

Vamos ahora á demostrarlo explícitamente, conforme con nuestro imparcial criterio: No podían ellos inspirar la necesaria confianza para dirigir la cosa pública en aquellas difíciles circunstancias; carecían de la autoridad que á los pueblos imponen los antecedentes de una vida muy conocida y muy llena de esos actos de positiva gestión pública, si de ese modo nos fuere permitido considerar el frecuente roce y la íntima correlación que los hombres prácticos sostienen en la vida social.

Considerábaseles como jóvenes entusiastas, como ardientes patriotas, como políticos doctrinales, como

hombres de elevadas teorías; por otra parte, tenían el prestigio de la iniciativa que tomaron en el movimiento separatista; pero no bastaban esas cualidades y esos méritos para influir, tan temprano, en el espíritu público de aquel tiempo, ni mucho menos para decidir á éste á encargarles la dirección de los asuntos gubernativos, cuando sólo se suponía capaces; para tan difícil manejo, á hombres de mayor experiencia y más prácticos en las luchas y afanes de la vida.

Si los jóvenes patriotas del 27 de Febrero hubieran comprendido todo éso, habrían plegado sus voluntades á esas duras, pero naturales leyes del momento; si, menos ardientes, más reflexivos, menos impacientes, se hubieran dado cuenta de la misión que les estaba señalada, habrían recogido los frutos que dignamente les correspondían en aquella noble empresa, de la cual fueron importantísimos obreros. Así las cosas, no habría sido su posterior existencia el *via-crucis* que llevó á muchos al martirio, que ha inmortalizado sus nombres, pero que ha manchado las páginas de nuestra historia con lágrimas de eterna proscripción y con la preciosa sangre vertida en nuestras contiendas civiles ó en el bárbaro cadalso que, todavía en este siglo de luces, erigen las sociedades civilizadas para privar al hombre de lo que no pueden darle, destruyendo así una de las obras más perfectas de la creación é interrumpiendo, con la fiereza de tal atentado, la marcha regular de las leyes de la naturaleza.

El afán de ejercer activas funciones en el estadío de aquella política que llamaremos hirviente, sensacio-

nal, y, por otro lado, preñada de inconvenientes casi insuperables; el propósito de llevar á la práctica las grandes teorías democráticas en momentos inadecuados para su aceptación: cuando el pueblo ni las comprendía ní podía, por consiguiente, apreciarlas en su justo valor y prestarles completa y sumisa aprobación; la tendencia á substituir la elocuente realidad de los hechos, con una metafísica vaporosa y, como tal, vacía para aquella generación de guerreros; el bello ideal de concepciones elevadísimas, difíciles de aclimatar en aquella candente atmósfera; el deseo de sobreponer á la acción individual el principio generalizador; el noble fin de entronizar la idea generosa y grande, pero impalpable, de postergar al hombre, cualesquiera que fuesen sus méritos y sus aptitudes, para que prevaleciese aquella y no fuese éste más que su pasivo instrumento; todos esos deseos, todas esas ideas, todas esas tendencias, todos esos conatos, ciertamente grandes, puros y sublimes. que nosotros admiramos, á los que rendimos fervientísimo culto, porque forman nuestro credo político y el ideal perfecto de las aspiraciones humanas en esta época de libertad, de progreso y de civilización; hallaron, por desgracia, opuestísimos elementos á su propagación en aquellas febriles circunstancias, en que la acción, el movimiento, la actividad, la energía, eran los únicos factores apreciables para la sociedad que acababa de nacer de las convulsiones de laboriosa gestación, y á la que sólo preocupaba el instinto de conservación en los vaivenes de su precaria independiente existencia.

A aquellos jóvenes patriotas habría convenido actitud más sobria en manifestaciones, más activa en lo que se relacionaba con los sucesos militares, menos inquieta y declamatoria que la que asumieron al bosquejarse los rasgos de lo que iba á ser nuestro primer período político.

Debieron ser soldados antes que tribunos; quisieron ser hombres de gobierno no siendo más que principiantes en ciencia tan difícil, tan compleja: para lo primero, faltábales inmediata consagración al campo de batalla, en el que otros habían ya conseguido brillante éxito; para lo segundo, necesitaban el sentido práctico, el tacto y la experiencia, indispensables factores para producir la madurez y el tino que han de poseer los llamados á dirigir la marcha de las naciones á través del complicado laberinto de su peregrinación hácia el *desideratum* de las sociedades modernas.

Poseían la fé en los grandes ideales, el entusiasmo de las doctrinas republicanas, el espíritu generoso y artísticamente político de los Girondinos, cuyos sueños dorados y sonrientes ilusiones habían de conducir á éstos al martirio, así como á aquellos reservábales eterna proscripción el ensañamiento de las pasiones políticas de su época, la intolerancia gubernativa y las exageraciones de un mal conceptuado principio de autoridad.

He ahí, pues, las causas de que aquella dignísima pléyade de ardorosos patriotas no obtuviera, como premio de sus esfuerzos, otras palmas que las del martirio, apurado en amargo ostracismo.

Casi nunca son los contemporáneos los mejores jueces de sus hombres públicos. Sólo la posteridad, con la fría calma, con la imparcialidad, con la equidad de sus juicios, es la llamada á juzgar concienzudamente el mérito de los antepasados y á otorgarles la recompensa á que fueron acreedores, ó á rehabilitarlos á los ojos de otras generaciones ya desapasionadas, y, por ese concepto, sensatas y justicieras.

Nuestra generación, con brillante opoteosis, ha hecho justicia á esos próceres, colocando sus venerandos restos en los mausoleos de nuestras catedrales y proyectándoles estatuas y monumentos que habrán de perpetuar su memoria en la gratitud de las futuras generaciones.

XV.

Injusto criterio histórico.

La historia es la narración veraz y exacta de los acontecimientos humanos. Cuando nos permitimos comentarla, con el fin de deducir probables consecuencias para lo venidero ó con el de establecer juicios y apreciaciones acerca de los hechos y de sus actores, obligados estamos á obrar con parcimoniosa escrupulosidad, no dejando penetrar en el ánimo la pasión ó las preocupaciones que sugerirnos puedan la educación ú otras especiales circunstancias.

Si no pueden comentarse los sucesos históricos con absoluta imparcialidad, preferible es narrarlos simplemente, dejando á la posteridad el trabajo de hacer lo primero, con el acierto y legalidad que á ella corresponde.

Sugiérenos esas reflexiones el espíritu que ha venido inspirando á muchos de nuestros compatriotas, acerca de los principales acontecimientos de nuestra historia republicana.

Se ha querido otorgar toda la gloria y los méritos todos de la fundación de nuestra república á limitado número de personalidades políticas, con exclusión de otras cuya participación en los sucesos que produjeron el fausto acontecimiento es tan evidente como el mismo hecho glorioso.

Las legítimas simpatías que inspira la desgracia, las consideraciones del compañerismo político, la identidad de ideas, de miras y de aspiraciones políticas, han sido causa de que haya prevalecido entre nosotros cierto criterio histórico que no vacilamos en considerar demasiado exclusivista y por demás apasionado. Nos contraemos al que ha pretendido monopolizar, en favor de unos pocos próceres de la Independencia, todo el mérito de la obra.

Ya en anteriores capítulos hemos señalado de paso la injusticia de tal propósito; ahora vamos á demostrarlo ámpliamente, convencidos de que servimos en algo á la noble causa de la verdad y de la justicia. ¿Y por qué habría de ser de otro modo? Somos del presente; vemos las cosas, las consideramos y analizamos con la quieta imparcialidad que proporcionan cincuenta años de distancia.

Nuestra separación de Haití fué la lógica consecuencia de la intempestiva, arbitraria, violenta unificación política llevada á cabo por Boyer. No era posible armonizar intereses, costumbres y aspiraciones tan opuestas como las nuestras y las haitianas, ni podía, en consecuencia, formarse vínculo alguno para hacer

comunes tan diametralmente opuestos destinos. La obra de la intrusión cayó por tierra, como caen las locas empresas que promueve la ambición desmedida. No habían podido echar raices ni hallar estabilidad alguna, el grosero atentado, la sorpresa, la violación, torpemente realizadas por un pueblo usurpador, retrógrado y, por ende, refractario á nuestras sencillas, patriarcales y expansivas costumbres; así como no se avienen, se rechazan y se combaten, en la vida humana, los seres cuya educación, gustos, deseos é impresiones difieren por completo.

La falta, pues, de afinidad; la superabundancia, por contra, de causas antagónicas é infalibles para impedir la asimilación ó absorción, tan ansiadas por el elemento conquistador; habían de fomentar considerablemente el pensamiento separatista que, á manera de formidable alud, comenzando en insignificante pedazo de nieve y convirtiéndose luego en inmensa mole, debía precipitarse y arrasar impetuosamente cuantos obstáculos opusiéranse á su accelerada marcha.

La separación de Haití debía efectuarse no obstante la resistencia de los dominadores, no obstante sus esfuerzos, sus cábalas y artificios para evitarlo; no obstante todo, porque estaba en la naturaleza de las cosas, porque debía resultar lógicamente. Pretendieron ellos encausar las aspiraciones de los dominicanos en los estrechos moldes de la llamada Reforma; revolución política que, con visos de liberal, habíase efectuado en 1843. No lo lograron: prepararon, acceleraron, en cambio, la explosión radical de Febrero de 1844, que para siempre iba á dividir nuestros opuestísimos destinos.

Sujetar un pueblo á la coyunda oprobiosa de despótico servilismo sería como atar un león con deleznables cuerdas, dejándole libres las garras para destrozarlas. El pueblo rompería esa vil coyunda, airado, frenético y vengativo como el rey de las fieras, como el señor de los caldeados desiertos del Atlas.

Tal cosa pretendió el insano criterio político del Presidente Hérard, apoyado en los consejos de su camarilla de pseudo-liberales, al subir al poder en brazos de la mencionada revolución. No podían los dominicanos seguir soportando el yugo de una dominación exótica y bastarda como aquella, que databa de veinte y dos años de ignominia, soportados acaso con harta resignación. Debía, pues, romperse la frágil ligadura, apareciendo libre, de pié, imponente, amenazadora, la poco antes maniatada sierva, por obra del magno esfuerzo de la gran mayoría de sus hijos.

El movimiento revolucionario debía estallar como de la nube preñada de electricidad estalla el trueno fragoroso; violentamente y con esa espontánea fuerza que desarrollan las sociedades largo tiempo sometidas al cruel imperio de extraña dominación, cuando vislumbran las sonrientes perspectivas de un mundo de libertades y cuando el dedo del destino señálales la meta de las aspiraciones humanas: independencia, libertad, derechos. Sublime trinidad engendrada en el Sinaí del 89, y señora absoluta en esta época de luz y de progreso redentores!

Los dominicanos vieron fulgurar ante sus ojos esa trinidad sublime y fecunda, y, sacudiendo el innoble

sopor de los pueblos siervos, y avergonzados de su humillante condición, arrojáronse á conquistar la empinada meta, á escalar sus cumbres, con el firme propósito de alcanzar el éxito ó de perecer en su inquebrantable resolución.

La obra separatista fué el resultado lógico de las causas enunciadas. Sus factores: el entusiasmo, el arrojo, la decisión con que la generalidad de los dominicanos se lanzó á consumarla, sin parar mientes en consideraciones secundarias y con el poderoso aliento de los pueblos que quieren su independencia á toda costa.

No pretendemos regatear méritos ni cercenar glorias á nadie; pero no aceptamos tampoco el ciego empeño, de algunos, de fundar injustificable jerarquía en los merecimientos comunes á los principales obreros de nuestra independencia política. Creemos tan meritorio, tan eficaz, tan decisivo, tan patriótico, el grito revolucionario lanzado en "El Conde," como el que simultáneamente diera la heróica provincia del Este, en el Seybo, y el que lanzaron á su vez las poblaciones todas del Cibao y del Sur de la república.

¿Por qué, pues, esa leyenda y ese reducido olimpo en que apenas caben media docena de dioses? ¿por qué tan pocos astros de primera magnitud en el ancho cielo de nuestra epopeya nacional?

Para que un hombre encarne, represente y personifique la idea nacional y monopolize sus triunfos y sus glorias, necesita tener la talla de Pedro de Rusia, de Washington, de Bolívar, de San Martín, en la edad mo-

derna; ó la de Aníbal, Scipion, Viriato, Vercingetorix, Guillermo Tell y otros, en pasadas edades.

Apersonarse, contribuir y hasta señalarse en los comienzos de una obra, no es crearla con exclusión de otros elementos, cuando menos tan idóneos ó tan ardientes y decididos.

Esta patria de que hoy disfrutamos los dominicanos, es hija del común esfuerzo, del arrojo, del denuedo de nuestros mayores, en cuya columna de honor figuran á la misma altura, no tres ó cuatro próceres, sino más de un centenar de varones ilustres y de patriotas eminentes.

Todos ellos contribuyeron á fundar la patria, á defenderla, á organizarla, á administrarla en aquellos gloriosos tiempos, y todos, todos, merecen nuestra gratitud y alabanzas y la gratitud y alabanzas eternas de la posteridad.

Si los acontecimientos políticos hubieron de dividirlos más tarde, de enseñarlos unos contra otros, de ceñir á unos la corona del martirio y hacer apurar á otros las amarguras y sinsabores del poder; si unos experimentaron los arrobadores éxtasis de las sublimes prácticas de la virtud, y otros el acíbar de desengaños y hasta de crueles remordimientos; aceptemos, por nuestra parte, esas varias circunstancias como leyes ineludibles de nuestra mísera condición y como perfecto corolario de la pequeñez humana.

Y cuando nos toque juzgarlos ó definirlos, no confundamos los conceptos. Llamemos al mártir: mártir; al soldado: soldado; al estadista: estadista; y así respectivamente.

Formemos un círculo para colocar en él sus preclaros nombres, á fin de que no haya primero ni último, y adornemos con tan resplandeciente aureola á la patria de nuestro amor y de nuestras ilusiones.

Es así como obraremos con justicia y equidad, y no fomentando errores, estableciendo pueriles distinciones y creando poemas mitológicos, que enferman el criterio de la joven generación y falsean la augusta verdad histórica.

XVI.

Juan Pablo Duarte.

Juan Pablo Duarte fué un inspirado, un hombre lleno de fé en sus grandes ideales, unos de los iniciadores y fundadores de la República Dominicana.

¿No es ello bastante para glorificar á un hombre público y para conquistarle la inmortalidad?

Así lo creemos firmemente.

¿Exceden sus merecimientos á los de los demás próceres que hicieron de la antigua Española, nación libre é independiente?

No vemos la razón en que para aseverar tal cosa, apóyanse sus admiradores.

Veamos la historia, desechemos la leyenda, proscribamos una jerarquía irritante y por demás injusta:

La idea de redención agitaba los cerebros de los hombres importantes de este país; el sagrado fuego de los libres enardecía sus corazones; el patriotismo im-

pulsábales á sacudir el torpe yugo de una dominación exótica y humillante.

En ese estado las cosas, vuelve Duarte á los patrios lares, trayendo de la vieja Europa un tesoro de amor y un gran ideal para su patria: Consagrarle fortuna y vida, redimirla de la oprobiosa coyunda del esclavo, convertirla en pueblo independiente y feliz; tales eran el amor y el bellísimo ideal del joven é ilustrado patriota.

Pronto hubieron de confundirse uno y otro: el sentimiento y la idea, en el común sentimiento y en la común idea de aquellos insignes varones y de aquellos entusiastas jóvenes que iban á efectuar la independencia dominicana.

Duarte trajo valioso caudal: inquebrantable fé, bien cultivada inteligencia, ejemplar abnegación. Duarte ejerció brillante apostolado en la noble causa; Duarte arrostró el peligro y consagró tiempo y luces al gran pensamiento separatista.

He ahí su gran participación en el revolucionario movimiento de 1844; he ahí su poderoso contingente para alcanzar el grandioso fin.

¿Son ésos, mayores timbres que los de sus demás compañeros en la obra común? No lo creemos: nada hay que amerite la relativa superioridad del contingente y, como lógica consecuencia, la relativa superioridad del mérito.

La persecución haitiana hizo enmudecer á Duarte apóstol, y privó, enviándole al destierro, á Duarte hombre, de coronar con la acción y de consagrar en la práctica el ideal de sus más caras aspiraciones.

Duarte, como otros muchos, esparció la redentora idea, fomentó el patriotismo, vigorizó las independientes aspiraciones. Duarte, desterrado, no pudo coadyuvar con su acción personal á la realización de la portentosa obra que otros, más afortunados, llevaron á cabo en la gloriosa noche del 27 de Febrero de 1844.

El triunfo de los independientes restituyole á la patria, con honores de caudillo. El nuevo gobierno discerniole honorífico puesto y ofreciole campo, dilatado campo, para ser el primero en la gigantesca lucha que, en breve, iba á emprender el pueblo dominicano, contra la tenacidad y el despecho de nuestros vecinos de Occidente.

Aquel era el momento de colocarse en la altura que saben escalar los genios, los grandes caracteres; aquella la hora del sublime arranque y de la magna prueba.

Duarte, hombre de grandes pensamientos, alma noble y generosa, todo lo hubiera sacrificado por la santa causa: fortuna, honores, vida.....Pero Duarte no tuvo ni el carácter ni el temple necesarios para erguirse con la talla de un Washington, de un Bolívar. Donde sobraba fé y patriotismo, faltó la entereza, la energía y la decisión de los predestinados.

Como al primero de sus admiradores, inspíranos respeto y veneración su memoria; pero rechazamos la exclusiva calificación de fundador de nuestra república, que se le quiere discernir en detrimento del común esfuerzo y participación de los principales próceres de nuestra independencia, en tan glorioso hecho.

Querer colocar á Duarte á mayor altura de la que realmente le corresponde en los fastos de nuestra historia, es producir una discusión que no vacilamos en calificar de ofensiva á su memoria; es obligar á la posteridad á establecer distinciones que no tienen absolutamente razón de ser, porque no fué mayor á la de sus émulos en la gloriosa obra de Independencia, la cooperación de Duarte; es crear para éste un rango más elevado que el que á todos corresponde por igual; y es, finalmente, cometer una injusticia que no habrá de sancionar la imparcialidad histórica.

La gloria de Duarte no necesita, para brillar eternamente, de otros encomios que los que legitimamente corresponden á su pura grandeza. El fué grande en su apostolado, grande por su abnegación, por su acendrado patriotismo; él compartió los peligros, los sinsabores de la desgracia, las amarguras del desengaño, las miserias del ostracismo.

¿Para qué, pues, otorgarle un monopolio que rechazan la verdad histórica, la justicia y la equidad? ¿Para qué abrumarle con el imponderable peso de una gloria tan exclusiva como la de único fundador de la República Dominicana; gloria que, si él viviera, rechazaría su aquilatada probidad; y gloria que no podemos discernirle equitativamente los del presente.

Esta nación no tuvo único fundador. Tuvo fundadores, decididos obreros de su independencia, insignes próceres de su redención política.

Duarte fué uno de ellos, un gran patriota, un mártir

también de las pasiones políticas. Todo ello es más que suficiente para glorificar su nombre y para inscribirle en el número de nuestros inmortales.

La fibra del patriotismo no se extinguió jamás en su noble corazón. A los veinte años de cruel destierro, viósele aparecer de nuevo en los azarosos días de nuestra guerra de restauración política, con igual tesoro de amor y de fidelidad por la causa que fué su perenne ideal. Aquel fué su último acto de patriótica abnegación. Tras éste: nuevo eclipse, el olvido; poco después: su muerte en extranjero suelo.

Duarte es una gloria nacional, un modelo de abnegado patriotismo, uno de los prohombres de nuestra emancipación.

En el grupo que forman éstos, su gloria es tan pura y brilla tanto como la de cualquier otro.

Tal es nuestra sincera y honrada convicción, y tal el juicio que creemos imperará en lo futuro.

XVII.

Francisco del R. Sanchez.

Redentor y mártir! ¿Puede haber nada más sublime en la vida de un hombre, ni papel más hermoso en la historia de un pueblo?

Sanchez no necesita otra cosa para su grandeza en la Historia: Nació á la vida pública como uno de los fundadores de nuestra república, y perdió su vida junto con la de nuestra nacionalidad. La cuna de esta nación fué la de su vida política; la fosa en que cayó ésta, mortalmente herida, también fué la que sepultó al gran patriota. Aquella, inmortal como todo principio, tornó á vivir; éste desapareció para siempre de entre los mortales, para resucitar en la inmortalidad de la Historia.

Tal fué Sanchez y tal se destaca su noble figura en el corto período de nuestra primera existencia nacional. Prócer en el baluarte de Febrero; mártir en El Cercado. Primero, enarbolando, victorioso, los colores nacionales; luego: desapareciendo con éstos en la oscuridad de una tumba.

No se necesita, sino que basta y sobra tan singular destino, para deslumbrar á la posteridad. ¿Para qué buscar otros timbres y otros galardones que enaltezcan al prócer de Febrero? ¿Acaso no es brillantísima epopeya la vida del que nace con gloria y con gloria muere?

Sanchez fué uno de los más entusiastas y decididos fundadores de ésta nuestra patria. ¿Fué un gran soldado, un notable estadista? No llegó á demostrarlo, porque las circunstancias de que ya hemos hecho mención no se lo permitieron, manteniéndole alejado de la gubernamental esfera y del campo de batalla. Pero Sanchez fué un gran patriota y un noble corazón. Sus mismos enemigos políticos reconocieron y declararon siempre la bondad y generosidad de aquella alma. Tal vez esas nobles cualidades constituyeron rémoras á su encumbramiento político; tal vez produjeron ellas, incompatibilidades para éso que llamaremos viabilidad política.

No pueden reunir los hombres cuanto exigen especiales circunstancias de la vida pública. La política tiene su lógica especialísima, sus leyes, sus exigencias, sus anomalías. En los acontecimientos de 1844, seguramente no podía ser Sanchez ni propulsor, ni dique. Lo primero exigía el temple del guerrero, y todos los hombres, aún siendo valientes, no son soldados; lo segundo, dureza é inexorabilidad de carácter, y ni una ni otra cosa son patrimonio de todos los mortales.

Sanchez fué hombre de grandes ideales, fanático adorador de la doctrina republicana, excelente patriota;

pero, en nuestro humilde concepto, careció en 1844 del sentido político y del espíritu militar que exigía aquel hervidero de acontecimientos, aquella lucha de opuestos intereses, aquel cúmulo de anormalísimas circunstancias.

Fué su existencia un *via-crucis* de acerbos sufrimientos. La proscripción: el inmediato gaje de su consagración á la causa independiente; la recelosa injusticia: inseparable compañera del repatriado; el alejamiento y la oscuridad: las recompensas de su valiosa participación en la obra de nuestra independencia política; y, como coronamiento, el martirio, al eclipsarse nuestra joven nacionalidad en el cielo de los pueblos libres é independientes.

Mucho hay de injusto en las vicisitudes que acibaran la existencia de algunos hombres públicos; mucho subleva el ciego fatalismo que gravita sobre ciertas nobles existencias. Sanchez fué, de los hombres de Febrero, aquel en quien el fiero destino cebó con mayor saña su crueldad. Fué predestinado al sufrimiento, y como á tal consecuente fuele la desgracia. No ciñó coronas triunfales ni compartió, con sus émulos, victoriosos lauros; pero abrió y cerró con gallardía un período histórico; vió levantarse, esplendente, el astro de la nación dominicana, y sucumbió, mártir de su inextinguible amor patrio, el día en que transitorio eclipse oscureció ese su astro tutelar.

Si Sanchez no llenó con personales actos los anales políticos de su época, ni ejerció particular influencia en la marcha de los acontecimientos públicos, convino ello

á la integridad de su gloria. Las decisiones del infortunio mantuviéronle alejado del estadío de la política, ó, cuando menos, relegado en escala inferior, seguramente para reservarle el glorioso puesto que su martirio le ha levantado en la historia patria, y para asegurarle la admiración y gratitud de sus compatriotas. ¿No es ello brillantísima compensación?

Sanchez contribuyó á formar un pueblo independiente. Sanchez derramó su sangre, cuando ese pueblo consintió en perder la preciosa conquista de su autonomía, para fertilizar el suelo del cual iban á brotar en breve nuevos y pujantes vástagos de independiente libertad. Hubo, por decir así, síntesis de heroismo y de sacrificio en aquella vida ejemplar; hubo trinidad dignificadora en aquella alma: patriotismo, virtud, abnegación.

Si el papel de Sanchez fué relativamente nulo en el curso de los sucesos que siguieron á la creación de nuestra nacionalidad, en cambio, pocos ejemplos como el suyo registra la Historia, pocos varones han ejercido tan interesante misión en los fastos de la Humanidad.

Radiante aureola de redentor en el oriente de su vida pública; corona de mártir en el ocaso de esa misma vida!

XVIII.

Ramon Mella.

Fué este prócer: hombre de gran valor, de gran carácter, de gran inteligencia y forjado para aquellas circunstancias, en que patriótica enérgica decisión debía resolver el problema de nuestra independencia política.

Borrascosa juventud de altercados y de duelos con la haitiana gente; actitud siempre enérgica y siempre resuelta ante el peligro; asidua consagración á la noble causa separatista; actividad asombrosa en la propagación de la idea redentora y para la consecución de prosélitos en todo el país. Tales fueron las dotes y circunstancias del hombre insigne que con un trabucazo enardeció el patriotismo de aquel grupo de neófitos conjurados, en la memorable noche del 27 de Febrero de 1844.

Aquel célebre disparo fué la chispa propagadora del incendio. Su oportunidad, su fragor, derritieron el hielo con que las naturales vacilaciones del patriotismo en

ciernes, paralizó momentáneamente el impulso de aquel puñado de héroes.

No era á propósito el momento para consultas y reparos; no se debía perder el tiempo en formar planes, ni en medir consecuencias; no se podía permitir que la razón y la prudencia-preciosísimos factores en otras circunstancias-tomasen cartas en aquel arriesgadísimo juego por la vida: la vida material y la vida de los libres á la cual se aspiraba. Preciso era aturdir y anonadar, con la violenta pujanza de inaudita resolución, con lo inesperado, el recelo de los dominadores. Necesitábase algo así como un rapto de sublime patriótica locura para confundir al contrario, para asegurar el mañana y gozarle triunfante. Ramón Mella fué el poderoso resorte impulsivo; Ramón Mella el sublime loco de patriotismo, la acción personificada, el héroe inspirado por la magnitud del móvil y deslumbrado por la sublimidad del fin.

Su disparo, su grito de inquebrantable resolución y su brillante ejemplo consagraron el glorioso hecho, el movimiento redentor de Febrero de 1844. Sin su férrea voluntad, sin su ejemplar decisión, sin el fuego sagrado que corría por sus venas, enardeciendo su heróica sangre, seguramente otra sería la fecha de nuestra redención política, y no esta ciudad la iniciadora de nuestra independencia.

Los políticos ideales de Ramón Mella, su carácter independiente y la fraternal amistad que le ligaba á sus compañeros, principalmente á Duarte, cuya proclamación de Presidente de la República fué casi obra suya, envolviéronle en la desgracia y arrojáronle al ostracismo.

A su regreso al país, ya poseido de ideas más prácticas, con mayor experiencia y olvidando personales agravios, prestó eminentes servicios en la guerra contra Haití, revelándose militar distinguido, aventajado estratégico y excelente organizador.

Desempeñó un Ministerio en la primera administración de Baez, y algún tiempo después, importante misión cerca del gobierno español. En todos esos cargos puso de relieve el temple de su gran carácter y dió señaladas pruebas de su extraordinario talento.

Fué una de las grandes figuras de nuestra primera república y quizás el prototipo militar de su época.

Como si no bastaran los importantes servicios que había prestado á la patria, permitiole el destino coronar su obra de patriotismo y poner el sello á su brillante carrera militar, con su eficaz cooperación en la guerra restauradora, de la cual fué eminente caudillo é interesante mártir.

Ramón Mella fué el hombre de acción el 27 de Febrero de 1844. La firmeza de su voluntad, su heróica decisión, su denodado arrojo, impusiéronse y decidieron el éxito de aquella jornada inmortal. Ramón Mella siguió siendo ese hombre de acción, valiente y aguerrido soldado, enérgico y resuelto caudillo, hasta poco antes de morir. De él puede decirse que se quitó la armadura del guerrero para vestir el sudario de la muerte.

Aquellos moldes en que nuestra primera república vació sus prohombres, sus soldados, sus estadistas, sus héroes, yacen rotos por los mezquinos positivistas idea-

les de la época, aguardando á que tiempos más felices y lógica menos egoista, vengan á recoger sus dispersas fracciones.

La figura militar y política y el ardiente patriotismo de Ramón Mella ofrecen á ésta y á las futuras generaciones el más brillante ejemplo que imitar. Hay en nuestra historia pocos tipos tan interesantes, pocos modelos tan acabados. Aquel ilustre varón tenía mucho de los prohombres de la antigua Grecia y no poco de los insignes varones de la Roma republicana. Es una de las personalidades que mejor se destacan en el cuadro de nuestras entidades políticas; es ciertamente uno de nuestros más caracterizados hombres públicos, y aquel cuya vida presenta mejor y más homogéneo conjunto de cívicas y militares virtudes y cualidades.

XIX.

Manuel Jimenez.

Desde joven hemos experimentado simpatía y nos ha interesado mucho la figura de este prócer de nuestra independencia política.

Creemos firmemente que si hubo un hombre verdaderamente desgraciado cuando ascendió al poder, lo fué, sin duda alguna, el general Manuel Jimenez. Esa desgracia se ha perpetuado hasta nuestros días, cebándose en la memoria del segundo Presidente Constitucional de nuestra república.

Necesario es, pues, hacer luz en la vida pública del prócer y contribuir á una rehabilitación justa y equitaviva.

Todas nuestras entidades políticas de aquella época: Duarte, Sanchez, Mella, Santana, Bobadilla, Pina, Perez, Baez, Caminero & &, han obtenido, de nuestros contemporáneos, juicios más ó menos favorables: para algunos ha habido loas, para muy pocos censuras, y para todos,

en fin, algunas páginas honrosas en nuestros anales históricos. Para Jimenez: indiferencia, desdén, ó la más dura injusticia en la calificación de sus actos como primer magistrado de la república.

El poderoso contingente que prestó, sin embargo, al triunfo de nuestra autonomía corrió parejas con el de los principales actores de tan memorable acontecimiento; sus eminentes servicios fueron tan abnegados y útiles como los de cualquiera otro prócer del movimiento redentor del año 44.

Hombre honrado, modesto, serio, culto, moderado, aunque muy influyente por su elevada posición social y personales dotes, supo concurrir al éxito de nuestra independencia y contribuir eficazmente á su consolidación, sin alardes de exagerado patriotismo, sin ostentaciones de declamatorio doctrinarismo.

Cuando el astro militar de Santana brilló fulgurante, supo eclipsarse digna y oportunamente, permaneciendo ageno á las disidencias y á las luchas que densamente nublaron el cielo de la patria, y que produjeron el tempestuoso huracán á cuyos embates derribose el edificio de paz y concordia que, con más solidez, debió levantarse en defensa de la prodigiosa conquista recién efectuada.

Fué influyente miembro del gabinete de nuestro primer gobierno constitucional como Ministro de guerra, durante toda la primera administración de Santana. En ese puesto fueron sus servicios importantísimos, ora en los consejos y decisiones gubernativos, ora en la orga-

nización del ejército; y fué, por tanto, uno de aquellos varones ilustres cuya prodigiosa labor dotó al país de cuanto había menester en los difíciles comienzos de su vida nacional.

Por tal concepto y por la respetabilidad de su figura política, se le designó para suceder á Santana en la Presidencia. No mediaron para ello ni la ambición, que no poseía, ni las impaciencias de inquieto batallador temperamento. La moderación de su carácter y la relativa templanza de sus políticas aspiraciones contribuyeron en mucho á su elevación al poder.

Subió las gradas de éste, sin la enfática arrogancia de quien lo conquistara con la punta de la espada ó con los ardientes deslumbradores arranques del tribuno. No fueron sus auxiliares las sutilezas y habilidades del político taimado y astuto. Poseyó en cambio la sencillez y moderación de un civismo templado, prudente y discreto. Convencido de la tremenda responsabilidad que echaba sobre sus hombros y firmemente dispuesto á seguir prestando lealmente sus buenos servicios á la patria, aceptó el puesto á que ésta acababa de elevarle.

Pero en los designios de esa misteriosa é inexorable ley de las circunstancias estábale reservado pisar árido camino, cubierto de espinas y zarzales, en que iban á destrozarse sus ilusiones de patriota y sus sanas ideas de honrado republicanismo.

Los haitianos que, durante más de un año, habían limitado sus operaciones de guerra á movimientos fronterizos, merced á la pacífica política de Riché, volvieron

á soñar con sus planes de invasión al advenimiento de Soulouque al poder, y este grotesco césar, parodiando á Napoleón en sus miras conquistadoras, preparó formidable ejército, reaccionó el poco antes dormido espíritu invasor de sus compatriotas, pasó nuestras fronteras y llegó victorioso hasta cerca de Azua.

Entre tanto, el ejército dominicano era víctima de la criminal traición de uno de sus jefes connotados. Por primera vez se introducía en sus filas el espíritu de defección que iniciara ese jefe culpable, Valentín Alcántara de funesta recordación, nuevo Judas cuya taimada hipocresía supo engañar á nuestro gobierno, que, incauto, le mantuvo en el mando de una parte del ejército, después de la retirada de éste á Azua y después que aquel perjuro fué cangeado por prisioneros haitianos. Había caído prisionero en la toma de Las Matas de Farfán; internado luego en territorio enemigo, fraguó con Soulouque el proditorio plan de desmoralizar nuestro ejército para facilitar la conquista del suelo dominicano á aquel grotesco emperador. Tan infame traición puso en grave riesgo nuestra integridad territorial y hasta nuestra misma independencia.

Los efectos de tan odiosa acción produjeron sus naturales consecuencias: la desorganización inopinada del mejor ejército que hasta entonces levantara la república, el abandono de Azua y la casi dispersión de nuestras fuerzas militares.

Se ha pretendido atribuir á Jimenez la entera responsabilidad de tan adversos acontecimientos, sin tener

en cuenta las causas agenas á su voluntad y de orden fatalísimo que los produjeron; el medio de acción en que el mandatario se hallaba colocado; las intrigas de sus émulos políticos; la oposición, unas veces fundada, otras, sistemática, del Congreso Nacional; las exigencias de sus partidarios, envalentonados y engreidos con la posesión del poder y recelosos del prestigio de Santana, quien, aunque retirado á la vida privada, imperaba, sin embargo, en todos los ámbitos de la república; y más que otra alguna, el pernicioso germen de la traición, inoculado en el ejército por el general Alcántara en momentos de tanto peligro: cuando Soulouque desplegaba sus numerosas huestes, hambrientas de botín y ávidas de recuperar el tiempo perdido y de resarcirse con ruidosos triunfos y provechosas victorias. Todas esas circunstancias reunidas fueron causa de que Jimenez sufriese en su gestión gubernativa las más acerbas penalidades, y de que muchos de sus actos públicos llevasen el sello de incorrección y de debilidad que la malevolencia ha osado interpretar desfavorablemente, en detrimento del patriotismo, honradez y lealtad políticas de aquel desventurado hombre público.

Hasta allí todo había sonreido á la nación. Su marcha había sido laboriosa en el camino de su organización política, pero no interrumpida por acaecimientos de infausta magnitud, capaces de detener ó de volcar el carro triunfal en que iba la república hácia adelante, ostentando laureles y luciendo inmarcesibles palmas de doble victoria: la militar sobre las pasadas invasiones

haitianas; la civil, en el seno mismo de la patria, con el establecimiento del orden y de la tranquilidad pública.

Pero, como nada es estable en las humanas instituciones, debía surgir cruel alternativa y corresponder á Jimenez el habérselas, faz á faz, con la horrible situación que inopinadamente se presentaba, y experimentar sus funestísimas consecuencias. No pretendemos considerarle como hombre perfecto, ni siquiera como estadista y mandatario modelos; pero queremos exhibir lo sombrío del cuadro en que se destaca su figura política, para que las sombras que se proyecten en ésta, salgan del cuadro mismo y nunca de la personalidad del infortunado hombre público.

Jimenez, hombre honrado y leal, no creyó en la traición de Alcántara y sostuvo á éste en un mando militar importante. Jimenez, bueno, generoso y clemente, no fué inexorable en sus decisiones: fluctuó entre la tolerancia y el rigor que debiera desplegar en el mando, inclinándose casi siempre á aquella, en perjuicio de sus políticos intereses. Jimenez, hombre culto, civil, de carácter prudente y moderado, tuvo, sin embargo, que luchar con el desenfreno de las pasiones políticas, hasta entonces sojuzgadas por el férreo brazo de Santana; con las urgentes exigencias del militarismo engreido; y, por último, con la ciega aberración de sus parciales, obstinados en anular la influencia de aquel á quien las circunstancias colocaban de nuevo al frente del ejército y que iba en breve á salvar una vez más á la república, en la célebre batalla de "Las Carreras."

Ante tamañas contrariedades, ante obstáculos relativamente insuperables, cayó su gobierno, y viose Jimenez obligado á abandonar el país en busca de hospitalarias playas. No las halló ni en Curazao, ni en Puerto Rico, ni en Venezuela, puntos á los cuales, se dirigió el proscripto y de donde se le rechazó inhumanamente, porque en todas partes le precedía la saña de sus enemigos, despiadados factores de la malísima atmósfera que le causaba aquella casi universal proscripción.

Haití le brindó amparo, y á allí tuvo que dirigirse, por fin, el desterrado patriota.

No pudo sobrevivir á aquel enorme sacrificio, impuéstole por su feroz destino. Allí apuró el acíbar de crueles desengaños y de acerbos pesares; allí debió resistir durísimas pruebas su patriotismo; y allí murió en breve de muerte prematura, suspirando por la patria, de la cual fué también egregio fundador.

Fué el prócer Jimenez, por todas esas cáusas, el más desgraciado de nuestros hombres públicos; y es deber de esta generación tributar á su memoria la reparación que hasta hoy ha venido regateándosele con incalificable injusticia.

XX.

Santana, militar y políticamente considerado.

Es en verdad dificilísimo juzgar á este grande hombre con la exactitud é imparcialidad apetecibles. Nada es tan fácil, tratándose de él, como incurrir en exageraciones de opuesta índole: tiene su figura perfiles sombríos que causan miedo, que imponen, que anonadan, y tiene refiejos de luz y de gloria que deslumbran, entusiasman y cautivan.

Vamos á considerarle en su doble calidad de político y de soldado, nada más que en los comienzos de su vida pública, por exigírnoslo así la cronología de este trabajo, encerrada en los límites del período de nuestra independencia política.

A otros corresponderá hacerlo más ampliamente, siguiéndole en su larga posterior carrera, llena de contrastes de luz y de sombra, fecunda en hechos y en contradicciones, grande por sus rasgos todos, patriótica

hasta en sus exageraciones, en sus errores y en sus faltas.

Santana fué un hombre superior en toda la extensión de la palabra. Sus grandes cualidades de guerrero y sus dotes de mando no necesitaron mucho tiempo para darse á conocer: en un día, en una hora, subió á la cúspide del poder con la misma facilidad que hiende el águila el espacio para ir á posarse en las altas cimas de empinados montes.

Fué un ambicioso? Naturalmente: tuvo la ambición del genio que necesita campo, dilatado campo, para desarrollar sus grandes facultades, para plantar los trofeos de sus proezas y de sus conquistas. Los estrechos límites de la común existencia no están hechos para las grandes naturalezas. Estas necesitan espacios inmensos, para recorrerlos en su raudo vuelo.

El 19 de Marzo, en los campos de Azua, se reveló gran soldado con los alientos todos del patriota. Al siguiente día: consumado táctico al operar la hábil retirada que salvó nuestra independencia de la ruina con que la amenazaba la superioridad numérica del ejército haitiano, la de su armamento, la de su organización y las superioridades todas que hay entre los ejércitos siquiera medianamente disciplinados y las festinadas agrupaciones de guerreros improvisados é inexpertos. En ese memorable día eclipsó á todos sus compañeros de armas, imponiéndoseles con la inflexible lógica de una superioridad tangible, abrumadora.

Fué necesario iniciar el triunfo en aquella guerra y

trazar así fecundo ejemplo á los vencedores del porvenir, pues á él, á Santana, correspondió hacerlo. Su infatigable actividad, su valor, su serenidad, su peculiar pericia, lográronlo admirablemente en aquella memorable acción de guerra.

Hubo que arrojar al invasor del suelo de la patria, torpemente hollado por intrusa, atrevida planta; pues el empuje del vigoroso brazo de Santana y su habilidad de caudillo insigne, lo consiguieron espléndidamente, haciendo repasar á aquel, en vergonzosa precipitada fuga, las poco antes vulneradas fronteras.

Necesitose organizar, en éstas, servicio regular, activo y vigilante; improvisar fortalezas ó campos atrincherados; decidir á los irresolutos habitantes de aquellas fronterizas comarcas á que abrazasen decididamente, sin reserva alguna, nuestra causa; todo ello lo realizó el aventajado espíritu militar del gran caudillo, sus excelentes dotes administrativas, su buen sentido práctico, su hábil tino.

Tuvo la maravillosa facultad de penetrar á sus contemporáneos. principalmente á aquellos que le rodeaban en el ejército y en el gobierno; á tan alto grado, que casi nunca se equivocó al designarles las funciones y encargos que respectivamente desempeñaron á sus órdenes, tan á satisfacción y tan fructuosamente para la patria.

Cuando las circunstancias le llamaron á ejercer el poder, ahogó en su cuna la anarquía en que indudablemente hubiera naufragado nuestra independencia, y evi-

tó la infalible catástrofe que el entronizamiento de ésta habría acarreado al país; organizó un ejército y creó una marina; contribuyó á formar generales como Duvergé, Imbert, Salcedo, los dos Alfau, los hermanos Puello, Familia, Bernardino Perez, Juan Contreras, Regla Mota, Sosa, Cambiaso, y ese semillero de oficiales distinguidos que iban todos á llegar posteriormente á la más alta jerarquía militar: Cabral, Pelletier, Valverde, Martinez, Zorrilla, Evangelista, Alvarez, Maldonado, Ferrer, Marcano, Sandoval, Acosta, Aybar, Franco Bidó, Mallol, Valerio, Castillo, Roca, y tantos, tantísimos otros, que sería prolijo mencionar aquí.

Como político tuvo grandes cualidades y grandes defectos: brillaron entre las primeras su perspicacia, su energía, su pronta decisión en las medidas gubernativas, su probidad y honradez aquilatadas, su laboriosa actividad, su austeridad, su decidido amor al orden; entre los segundos, se cuentan: su rigurosidad, su inexorabilidad, su carencia de instrucción, su excesivo é impetuoso carácter, que le impulsaba con frecuencia á cometer censurables arrebatos, su exagerado concepto del principio de autoridad, sus falsas nociones en lo concerniente á la aplicación de las ideas y principios democráticos, que consideraba como utópicas teorías, como conatos demagógicos, atentarios al orden y contrarios al progreso del país.

Fué algunas veces arbitrario, sobreponiéndose á la ley; pero siempre imbuido en sus creencias de que la facultad ejecutiva debía prevalecer en casos excepciona-

les: ora supliendo las deficiencias de aquella, ora modificándola oportuna y convenientemente, ora, en fin, supeditándola en bien de los intereses generales.

Fanático por el orden público, y juzgando insuficientes para garantirlo los medios ordinarios de la legislación común, buscó siempre en las facultades extraordinarias que consiguió para sus presidenciales atribuciones, otros medios en su concepto más eficazmente preventivos para evitar las perturbaciones y atentados al orden, y que le pusiesen en aptitud de reprimir, con mano fuerte, los hechos consumados, como pronunciamientos ú otros actos realizados en detrimento de la paz y de la tranquilidad públicas.

Santana, dotado de extraordinario talento y de gran carácter, no poseía, en cambio, el saber y la ilustración que deben tener los gobernantes, principalmente los de las repúblicas. Deben éstos unir á sus virtudes, un civismo á toda prueba y conocimientos é ilustración suficientes para combatir las provocadoras tentaciones del mando, y para encerrarse en las demarcaciones que las constituciones de los estados democráticos y republicanos determinan á aquellos en quienes delegan sus facultades soberanas, y á quienes encomiendan la alta dirección de sus asuntos.

Es el gobierno ciencia complicadísima, por más que otra cosa pretendan sostener los ciegos adoradores del éxito grosero, los partidarios de esos expedientes políticos que deslumbran momentáneamente con la rapidez de su ejecución; pero que llevan en sí los disolventes gérmenes de todo lo que es ilegal y arbitrario.

Santana estaba muy lejos de poseer las condiciones todas que deben adornar al hombre público. Si algunas de sus eminentes cualidades y las naturales dotes de su gran carácter le condujeron al poder, careció por completo de aquellas nociones indispensables á la buena gestión gubernativa, y de la ductibilidad, moderación y templanza, sin las cuales no se puede hacer buena política, ni llevar á feliz puerto la nave del Estado.

Fué, antes que todo y más que otra cosa, soldado: en los consejos de gobierno, en la vida privada, en todas partes, en fin, se revelaban en él, con suma expontaneidad, ese temperamento, absorbiéndole por completo y produciendo las sumarias decisiones con que solía imponerse en el gabinete.

Esas deficiencias, sus triunfos, la ilimitada confianza del país, el ciego fanatismo de sus partidarios, su carácter enérgico é imperioso; todo, todo ese conjunto de circunstancias, le impulsaron frecuentemente á cometer actos violentos é ilegales y á revestirse de un absolutismo impropio, que redundaba en perjuicio de su popularidad y buen nombre y en el del país, cuyas republicanas instituciones se veían amenudo vulneradas.

No obstante, puede decirse que jamás fué norma de tan reprobables actos su interés personal ni su privada conveniencia. Siempre lo fué un falso concepto del cumplimiento de exagerados deberes, y, como en otra parte hemos dicho, su errónea concepción del principio de autoridad que él no se explicaba sino rodeado de facultades omnímodas, ni juzgaba suficientemente eficaz sino revestido de excesivo rigor.

Su desinterés y rectitud en todo aquello que pudiera afectar la moral pública, rayaron muy alto y trazaron saludable ejemplo á sus contemporáneos. Dió las más altas pruebas de que poseía en altísimo grado, el primero, y castigó con severidad las infracciones á las leyes que la moral tiene estatuidas en las sociedades cultas y bien organizadas. Persiguió el peculado con ahinco y entereza, y tal fué su inexorabilidad en ese sentido, que previno la realización de ese mal, verdadero azote de los pueblos, Diose en la república, bajo su mando, las más grandes pruebas de íntegra probidad.

Fué Santana un hombre complejo: brillaron en él notables cualidades y afeáronle grandes defectos, Lo hemos expuesto ya; demostrémoslo nuevamente: Estuvo á la altura de su misión en los angustiosos días en que la patria tuvo que luchar por su recién conquistada independencia: fué hombre de gobierno por su buen sentido práctico, por su notable perspicacia, por su seriedad y energía y por la rectitud é incansable actividad de su bien templado carácter; en cambio, fué duro, intolerante y violento en el ejercicio del mando, empañando el brillo de sus relevantes acciones como patriota, como soldado y como gobernante, con medidas y resoluciones arbitrarias.

No es posible hallar la humana perfección en esta vida de pasiones y de miserias, y mucho menos en las regiones del poder público. Ciérnense en éstas, ordinariamente, perniciosos agentes con tendencias á engreir y á ensimismar demasiado á los mandatarios, falseando

sus principios y convicciones y haciéndoles olvidar, con harta frecuencia, que en las democracias reside la soberanía en el pueblo, y no en las efímeras personalidades en quienes delega éste, sólo temporalmente, sus preciosas soberanas facultades.

En todos los órdenes de la humana existencia, produce la infatuación de los que se creen indispensables, vértigos funestos para ellos y para el medio en el cual ejercen su más ó menos legítima influencia. ¡Error grandísimo, cuyas fatales consecuencias lamentan, por desgracia, muy tarde aquellos que lo padecen!

Y ¿cómo no había Santana de experimentarlo á su vez, cuando para sustentar tal error en su ánimo concurrieron tantas y tan favorables causas? Había hasta allí coronado el éxito sus más arriesgadas empresas; disponía de la pública confianza; tenía electrizados á sus compatriotas, ejerciendo en ellos tal influjo, que pudo desbaratar fácilmente el trabajo revolucionario hecho en el Cibao por Duarte y los llamados *filorios*, para disputarle el poder; venció allí con rapidez extraordinaria, y, al formarse su primer gobierno constitucional, era indiscutiblemente la primera figura política, el más popular caudillo del país.

De esas circunstancias, tan comunes en nuestra América latina, surgen las pequeñas tiranías que han estancado el progreso de nuestras repúblicas é impuesto en ellas el personalismo político; y natural era, pues, que Santana iniciara esa clase de gobierno en tan propicio medio para aclimatarlo y para darle la torpe sanción que los pueblos jóvenes é ignorantes de sus derechos

y prerrogativas, otorgan con culpable fácil complacencia á aquellos que asumen tan bastarda forma de gobierno.

Y como quiera que todo mal entraña otros males mucho peores y de mayor trascendencia, resultó infaliblemente lo acontecido más tarde en el país, en desdoro de su honra y de su gloria, al eclipsarse en 1861 el astro de nuestra libertad política. La responsabilidad de ello no fué únicamente de Santana: también correspondió al pueblo dominicano. Aquel se impuso con la soberbia altivez de su engreida voluntad; éste consintió por debilidad ó servilismo. Si el uno quiso, pudo muy bien el otro oponer su soberanía y reducir á la nada la hinchada soberbia, la plétora de absolutismo del primero. Compartida está, pues, la responsabilidad de la anexión á España, de modo irrefragable y sin que nada valgan ni puedan en contrario, apasionados sofismas y desmedradas sutilezas.

Hasta aquí nos es permitido hablar del general Santana, puesto que nuestro propósito sólo ha sido anotar algunas consideraciones á su respecto, dentro de los límites del período de nuestra independencia. A la posteridad corresponderá pesar en la balanza de la justicia, con parcimoniosa equidad, sus méritos y sus faltas, sus cualidades y sus defectos, para sacar las consecuencias que habrán de legitimar el juicio de tan alto personaje.

No de otro modo podría obrarse para juzgarle con entera imparcialidad; y no somos los contemporáneos los llamados á llenar ese deber, cuando todavía imperan las pasiones, los odios y los rencores.

XXI.

Orígenes ó causas de nuestra defectuosa organizacion política.

Aunque parezca ajeno á este trabajo, vamos, sin embargo, á apartarnos algo de su estricto radio para buscar, en los comienzos de nuestra civilización, las causas de nuestra posterior defectuosa organización política.

Además de las que hemos enunciado como demostración de los vicios que precedieron y siguieron inmediatamente á nuestra constitución en república independiente, existieron otras tan determinantes como aquellas, y de las cuales podemos considerarnos, hasta cierto punto, irresponsables.

Nos referimos á la educación político-social heredada de nuestros antiguos dominadores, los españoles, quienes, después de haber asombrado al mundo con la portentosa conquista de la virgen América, se reposaron sobre sus laureles con criminal apatía y descuidaron enteramente la organización de las prodigiosamente ri-

cas, fértiles y extensas regiones con que fueron recompensados la incomparable audacia, el decidido espíritu de investigación y el inquebrantable afán de descubrir remotas tierras, que distinguieron á la gente ibera al cerrarse el período de la Edad Media; instintos y cualidades que llevó á tan potente raza á sellar la no interrumpida carrera de sus gloriosos triunfos, con la hermosa y radiante evidencia de penetrar los profundos misterios de la mar inmensa, circunscribiéndole límites hasta entonces desconocidos.

Y lo que aconteció en toda la América española tuvo perfectísimo corolario en esta desventurada isla, predilecta, no obstante, de sus conquistadores, cuya hermosura, variado fértil suelo, dulce y salutífero clima y relativa extensión, diéranle el pomposo justo título de privilegiada Antilla, é hiciéranla cuna de la civilización en el Nuevo Mundo.

La impaciente avidez de riquezas que aguijoneaba á la española inmigración, el prurito de caballerescas aventuras, el espíritu fanáticamente capcioso de quienes habíanse constituido en paladines de religioso fanatismo y en protectores de la Inquisición, sustituyeron en esta isla el manso salvajismo de aquellas generalmente sencillas, cándidas é ignorantes tribus indígenas que la poblaban y que habían de desaparecer en breve, completamente extirpadas con refinamientos de insólita crueldad.

La esclavitud de otra raza exótica, importada para llenar el vacío producido por la desaparición de aquella, y para dar cima á los trabajos mineros y á los informa-

les conatos de establecimientos agrícolas y pecuarios; la relativa facilidad que proporcionaba, para el cuotidiano sustento, un suelo virgen y fecundo; el dominio y señorío de aquellas fértiles comarcas, tan fácilmente adquiridas y repartidas en asombrosas proporciones; todo, todo ello engendró y fomentó la holgazanería, el orgullo y la soberbia, de que dieran elocuentísimas pruebas nuestros brillantes engreidos conquistadores, y que íbamos á heredar sus descendientes, al sacudir su yugo para erigirnos en nación independiente, en este siglo de luces y de adelantos.

La antes colonia española vegetó, por espacio de siglos, en la más crasa ignorancia. Sus habitantes, despreocupados, apáticos é indeferentes al progreso que invadía las colonias inglesas, francesas y holandesas de la América, yacían inertes en el casi feudalismo en que vivía la gente principal, ó entregada-la masa popular-como los pueblos pastores, á una vida patriarcal. Ni agricultura ni industrias, ni ninguna de esas laboriosas prácticas que cundían en las dilatadas regiones del Continente Norte, implantábanse en nuestra tierra. Reducíase la instrucción al estrecho círculo de la clase acomodada, y, aunque existieran en nuestra ciudad capital institutos docentes de primer orden, como la famosa Universidad que nos valiera la honrosa denominación de Atenas del Nuevo Mundo, no se difundían las luces ni se propagaban las ideas modernas que comenzaban á abrirse camino, sometiendo á pueblos enteros á su saludable imperio.

En ese estado las cosas, arrastraba precaria exis-

tencia nuestra patria; negábale el progreso sus inapreciables dones, huyendo de nuestras playas para ir á sentar sus reales en sociedades menos refractarias á su provechosa influencia, en otros centros en que ávidamente ansiábase por aclimatarlo y sobreponerlo al raquitismo de añejas ideas y de rancias preocupaciones.

A tan desfavorables causas añadíanse: la guerra marítima que sostenía la Metrópoli y que nos sometía á contínuos desembarques y exacciones de la piratería de los Drake y de otros, sus dignos émulos; y la vecindad más tarde, en el occidente de la isla, de numerosos aventureros, de audaces piratas, que mantenían la inquietud y la zozobra en el ánimo de nuestros compatriotas, obligándoles á abandonar sus labores para contener las frecuentes invasiones de aquellos.

No podía ser más deplorable la situación de la colonia, ni podía concurrir mayor número de circunstancias para desarrollar en sus habitantes los gérmenes de una educación inadecuada á la introducción de las ideas democráticas é independientes que, á fines del pasado siglo, implantábanse en las colonias inglesas del Norte, y cuyo ejemplo iban á seguir en breve las españolas de Centro y de Sur América.

Bajo tales auspicios, con tantos inconvenientes, con semejantes costumbres, mal podían los hijos de este suelo fundar una democracia, propiamente hablando, al convertirse en nación soberana.

La soberanía del pueblo en masa constituye una verdadera democracia, así como su soberanía parcial forma

una aristocracia; en el primer caso es el pueblo soberano y súbdito á un mismo tiempo, según las circunstancias; en el segundo, rige la soberanía de una parte de aquel, siempre la más selecta por su saber, cultura y recursos pecuniarios.

Estábamos, los dominicanos, condenados á imponernos el dominio de esa última forma de gobierno, porque era la resultante de nuestros antecedentes históricos; porque, no teniendo clase media, sólo poseíamos los extremos sociales: la minoría ilustrada y pudiente; y la mayoría, la masa popular, ignorante, pobre, supersticiosa, humillada y sometida aún á la influencia del recién sacudido yugo de la esclavitud, instituida en los albores de la conquista con los inícuos repartimientos de la indígena población, y sostenida después con la forzada inmigración de los que iban á sustituir á aquella raza infeliz, para saciar el desmedido ávido afán de bienestar y riquezas de sus improvisados señores; de esa turba de aventureros egoistas y depravados y de segundones de la metropolitana nobleza, hambrientos, engreidos, desalmados. Unos y otros impulsados por los torpes móviles de la más desenfrenada ambición.

Si no hubiera prevalecido la aristocracia del nombre, del saber y del dinero, como resultó en 1844, habría prevalecido la del talento, la de los ideales, la de las ilusiones, si así podemos decirlo para calificar el diletantismo político del partido *filorio*. Estaba así decretado, é imposible habría sido eludir la lógica consecuencia de aquel modo de ser político-social.

De esas causas, de tales defectos, de semejantes males, deriváronse las que habían de producir los inconvenientes que rodearon á la gestión gubernativa en aquellos tiempos y que entronizaron la defectuosa organización política, precursora de tantos sinsabores y amarguras, de tan grandes disgustos y de tan pésimos resultados; causas que iban, por último, á dar al traste con nuestra independencia política, sacrificada en 1861, aunque por corto tiempo, pero al fin sacrificada con escándalo de la América republicana y en desdoro de nuestra reputación y buen nombre.

Y tal es la influencia, la presión, el predominio de todas esas causas juntas, aún en el más remoto porvenir de un pueblo, que todavía, después de restaurada nuestra independencia política y reanudado el hilo de nuestra interrumpida existencia autonómica, hemos seguido sufriendo las inevitables consecuencias y siendo víctimas del inexorable imperio de todo ello.

XXII.

Origen de nuestro personalismo político.

Hemos visto, en el capítulo anterior, las remotas causas que produjeron nuestra defectuosa organización política. Ahora vamos á concretarnos al funestísimo mal que, procediendo también de ellas, ha echado profundísimas raices en este suelo y que ha resistido á los consejos de la razón y á las imperiosas exigencias de la pública conveniencia; mal que, con extraordinaria tenacidad, subsiste, permanece é impera arrogantemente en esta combatida tierra.

La necesidad de confiar los destinos del país á un hombre, en los azarosos días de nuestra separación de Haití, fué el origen del entronizamiento del personalismo político. Con masas ignorantes, sirviendo á éste de séquito ciego é inconsciente, hubo de desarrollarse con expléndida lozanía en un suelo, por esas mismas y otras causas, desfavorable al planteamiento de un sistema de gobierno constitucional.

No se juzgó suficiente el freno de la ley para contener las veleidades de la opinión pública ó los atentados de la ambición. Prefiriósele el en un principio disimulado despotismo de un jefe prestigioso; despotismo que, con apariencias de imprescindible necesidad, hallaba justificación á los ojos de los incautos poderdantes que lo concedían; despotismo que muy luego había de ostentarse en toda su fuerza, y supeditar el derecho, y someter á su rudo imperio el principio inmanente de la soberanía popular.

No se trató de ajustar el gobierno á la legislación republicana, ni de amoldarle á las prácticas democráticas que informaba ésta. Erigiose soberbio pedestal al personalismo engreido, y el pueblo abandonó sus derechos, conformándose con la letra muerta de una Constitución laborada entre bayonetas y al fragor de los combates. En semejante medio desarrollose por fuerza el personalismo, no obstante la oposición de algunos elementos ilustrados que deseaban á todo trance el reinado de los principios, á la sombra de un gobierno verdaderamente republicano; de un gobierno en que el pueblo tuviese el poder soberano, y en que no imperase el despotismo de un solo hombre ó de un limitado grupo de ciudadanos, que obrasen por su caprichosa voluntad y con omisión de las leyes vigentes.

Dándose desmedida autoridad á un ciudadano, constitúyesele, en el seno de una república, más que en monarca, porque en la monarquía el principio mismo y también la forma de gobierno limitan las funciones del

monarca, mientras que en la república, no previendo las leyes semejante poder, carecen éstas de medios para contener su exorbitancia.

Las sociedades débiles, ignorantes, ó corrompidas achacan la creación del despotismo á la ingente necesidad de ampararse, en circunstancias especiales, de un poder excepcionalmente fuerte. De ahí las omnímodas facultades concedidas á sus magistrados, ó las dictaduras tan comunes en nuestras repúblicas americanas. Esa forma de gobierno, oriunda de Roma, tuvo allí su razón de ser, ejerciéndose más para intimidar al pueblo que para castigarle; además, duraba poco tiempo y su ilimitada autoridad circunscribíase á determinados asuntos.

No aconteció así entre nosotros, sino que la creación de la dictadura, ó la erección del despotismo, ó el entronizamiento del personalismo político, puesto que todas esas denominaciones convienen á la forma gubernativa que se inició en los comienzos de nuestra autonomía, asumió carácter permanente y normalizó de tal suerte su manera de ser, que desde entonces hasta nuestros días no hemos tenido casi otra clase de gobierno al frente de la cosa pública.

Cuando los pueblos rinden exagerado culto á una personalidad política, cualesquiera que sean sus méritos, engendran en ésta la creencia de que ella lo es todo, lo puede todo y de que los demás nada componen ó valen poco, poquísimo. Es esa la regla general, confirmada, con rarísimas excepciones, en la historia de la Humanidad.

No puede llamarse democracia el Estado en que prevalece la voluntad de un solo hombre, por encima de las leyes; y cuando éstas dejan de funcionar regularmente, corrómpese y piérdese irremisiblemente aquel.

Nuestra inexperiencia, las excepcionales circunstancias en que naciera la República dominicana, y quizás, más que otra cosa, nuestra educación, crearon el personalismo político, elevándole á la categoría suprema y subordinándole: derechos, libertades y todo aquello que constituye la soberanía popular.

No hay, pues, que atribuir el imperio del personalismo á determinado partido ó agrupación política, ni establecer, por ello, consiguientes responsabilidades, cuando una cosa y otra corresponden á la nación entera. Así como Santana, por ejemplo, personificó la dictadura en nuestro primer gobierno, habríala personificado cualquiera otro de nuestros prohombres si en lugar de aquel hubiérale correspondido el mando. Está eso fuera de duda y por encima de cualquiera otra consideración de índole apasionada. El pueblo dominicano quería ser conducido por un hombre egregio, puesto al frente de su gobierno, y, al fijarse en el que indisputablemente contrajo mayores méritos en aquellos días de titánicas luchas y de heróicos esfuerzos en el campo de batalla, colmole de laureles y al par de facultades omnímodas: laureles y facultades funestamente embriagadores para quien los recibiera, y contraproducentes para los futuros destinos del pueblo niño que inconsultamente los otorgara.

Los pueblos son responsables de los males que aparejan sus actos de débil complacencia ó de ciega tolerancia. Por eso nuestra patria que, al constituirse en nación independiente, sacrificó sus sagrados derechos al brillo de una espada, no ha visto nunca enseñorearse por completo, en sus dominios, el principio constitucional ni el sabio honroso imperio de las leyes.

El personalismo político y sus naturales consecuencias, radican, pues, en nuestros independientes orígenes; allí hay que ir á buscar sus fuentes si queremos darnos estricta cuenta de la verdad. Nos declaramos independientes, rompimos las férreas cadenas de exótico poderío, combatimos heróicamente por defender la patria que acababamos de crear; pero no supimos ser libres, emancipándonos de locales influencias personales, y nosotros mismos fabricamos el férreo yugo de ese personalismo que ha sido árbitro de nuestra política.

He ahí, pues, las causas de que en este país, en vez de los sacrosantos principios, dominen las personalidades, y de que, en vez del culto á las ideas, ríndase fervientísimo á los hombres, sin considerar que éstos pasan, en tanto que aquellas, hijas de la verdad, son como ella inmutables y eternas.

XXIII.

Las estatuas.

El tan debatido asunto de la erección de estatuas á algunos próceres de nuestra independencia, á los cincuenta años de consumada ésta, nos mueve á dedicar un capítulo á lo que llamaremos tardía recompensa de un pueblo pródigo, en demasía, para con muchos otros de sus servidores.

Regatear una estatua, legislar acerca de su erección, establecer jerarquía en los agraciados, andar á caza del lugar más adecuado á su colocación, es absurda pue rilidad, sobre todo cuando se trata de premiar el mérito insigne de los padres de la patria y de otorgar, como hemos dicho, tardía recompensa á aquellos que todo lo sacrificaron para ofrecer á sus compatriotas libre é independiente pedazo de tierra en la libre é independiente América.

¿Es posible contener los impulsos de la gratitud nacional? ¿podría ponerse coto á los generosos arranques

de un pueblo que quiere redimirse de los tristísimos dictados de indolente é ingrato?

No, seguramente. Las estatuas que el querer público decreta, en virtud de su soberana voluntad, no pueden, no deben estar sujetas á los mezquinos considerandos de aquellos que, en rigor, no son otra cosa que delegados de ese soberano querer: único legal, legítimo y poderoso en las democracias.

Acreedores son, en suma, á esas estatuas cuantos contribuyeron en primer rango á crear la nacionalidad dominicana; acreedores á ellas son, sin ofensivas distinciones, por igual: Duarte, Santana, Mella. Sanchez, Imbert, Jimenez, Duvergé, Bobadilla, Pina, Perez y cuantos se distinguieron en la grande obra de nuestra redención política; acreedores á estatuas son también todos aquellos varones ilustres que en el gobierno, en la milicia, en la magistratura, en el saber, en el patriótico desinterés y en todo cuanto eleva al hombre sobre el común nivel, brillan en nuestros anales históricos como astros de primera magnitud; acreedores son igualmente, muy acreedores á estatuas, los héroes de nuestra restauración política.

Hoy la Capital; mañana el Seybo, Santiago, Puerto Plata, Azua, Moca, La Vega, podrán erigir monumentos á sus héroes, á sus sabios, á sus grandes patriotas, á sus invictos soldados, á sus hombres de progreso.

Desde remotísimos tiempos, griegos y romanos hacían la apoteosis á sus héroes y magnates; en la edad moderna todos los pueblos cultos erigen monumentos y

estatuas á sus inmortales. Y si aquellos, los romanos principalmente, deificaban á sus celebridades, dado el origen humano que daban á sus dioses, llamando á César *Divus Julius* y á Augusto *Divus Angustus*; los pueblos de la época actual, que no confunden la celebridad con la deificación, funden el bronce, tallan y esculpen el mármol para revivir en la memoria de los contemporáneos las efigies de aquellos que fueron sus grandes hombres, sus eximios compatriotas.

La erección de una estatua á Duarte, á Sanchez, á Mella, á Santana, á Imbert, á Duvergé, á Bobadilla y á otros sus dignísimos conmilitones y compañeros en la gloriosa obra de Febrero, es más que un deber de la actual generación; es una necesidad imperiosa en esta época de reparaciones; exígenlo el decoro nacional, la lógica de la historia patria y muchas otras circunstancias, no menos sagradas é imperiosas.

Lo que nos ha extrañado sobremanera, lo que juzgamos inconveniente, pueril é injusto, es pretender establecer sensible jerarquía en los merecimieutos y servicios, contraidos unos y prestados otros con tan gallardo patriotismo y con tan ejemplar abnegación, en la memorable campaña separatista.

No hay, en nuestro sentir y en el de muchos hombres imparciales de la actualidad, ni primero ni último en la pléyade que encabezó la redentora revolución de 1844, No hay tal único fundador de la república dominicana, si esa calificación ha de ajustarse á su lógica significación.

Duarte fué decidido elocuente apóstol de la idea, obrero abnegado é infatigable de su realización; luego: mártir de un grave error político, saturado de pasiones y de odios. Sanchez y Mella, también obreros de nuestra independencia y también mártires de su nunca desmentido patriotismo: el uno derramando su generosa sangre en los albores de nuestra restauración política, el otro consumiendo, devorando su preciosa existencia en esa campaña restauradora que es el complemento de nuestra epopeya nacional.

Fué Santana el soldado de nuestra independencia, el vigoroso brazo que contuvo la reaccionaria invasión haitiana, el gran carácter de aquel momento histórico, la férrea voluntad que necesitó el incipiente patriotismo de los dominicanos para oponer enérgica resistencia á la tenacidad de nuestros vecinos de Occidente.

Imbert, Duvergé, los Alfau, los Puello, y otros dignísimos soldados, fuertes columnas, ínclitos defensores de la noble causa.

Jimenez, Bobadilla, Caminero, Pina, Perez, Lopez Villanueva, y otros muchos, también importantes obreros, ó sabios legisladores, laboriosos organizadores, abnegados patriotas.

Luego todos juntos fueron fundadores de la República dominicana, sin que á ninguno de ellos pueda atribuírsele exclusivamente la fundación de esta patria, que debe hoy premiar, con brillante apoteosis, los eminentes servicios que todos, todos, prestáronla al incluirla en el número de los pueblos libres é independientes.

¿Por qué esas disputas? ¿por qué esas preferencias, y por qué esa jerarquía para llenar un deber honroso y, como tal, enaltecedor?

Eríjase, enhorabuena, la estatua de Duarte, primero que las otras, puesto que espontáneo y entusiasta movimiento popular así lo quiere. ¿Qué importa ello en suma? Por alguno debe principiarse la dignificadora obra. ¿Acaso significa esa circunstancia, prohibición ó impedimento siquiera para hacer otro tanto en honra de los demás fundadores de nuestra república? Ahora: Duarte; luego: Sanchez, Mella, Santana, Imbert, Bobadilla, Jimenez, Perez, Pina, Duvergé; todos, todos, recibirán el premio de la posteridad agradecida, todos tendrán su correspondiente estatua.

Nada hay tan censurable, en el concepto histórico, como fomentar las leyendas que la tradición ha creado en horas de febril entusiasmo ó de desapoderada pasión. Los hechos hablan más elocuentemente que nada para la glorificación del patriotismo, de la virtud, del genio.

Hay una fuerza irresistible que derriba, como á débil castillo de naipes, todo cuanto ha creado la loca fantasía de los visionarios, de los exaltados, de los ciegos idólatras. Esa fuerza es la lógica de los acontecimientos; fuerza poderosa á cuyo empuje cede cuanto no esté cimentado en la verdad histórica. Nada importa que el error se imponga años y siglos, y ofusque con el falso brillo de sus engañosos oropeles. Tarde ó temprano caerá por tierra lo que no tiene por inquebrantable base lo más grande, lo más hermoso, lo único perfecto entre

los humanos: la verdad, que es hoy la gran inspiradora, la sabia reguladora, la razón científica, la noble aspiración de las sociedades modernas.

La leyenda es el cáncer de la história, si así nos fuere permitido considerar el desastroso mal que á ésta ocasiona. Los pueblos que dan pábulo á las fantásticas creaciones de desautorizadas leyendas, llevan en sí disolventes gérmenes para sus futuros destinos y caen y sucumben á los rudos golpes de tristísimas evidencias.

La gloria contraida por cualquier hombre insigne, recibe únicamente su legal sanción en el terreno de la verdad. La evidencia de los hechos, sus inmediatos resultados, sus posteriores consecuencias, hablan más autorizadamente á la posteridad que todas las habilidades y sutilezas fabricadas por el ergotismo de los apasionados abogados del error ó de la pasión.

Todos los próceres de nuestra independencia política tienen valioso caudal de merecimientos para hacer frente á las exigencias de la razón y del patriotismo más aquilatados. Duarte tiene los suyos. Santana igualmente. Sanchez y Mella y todos los demás también los poseen. Ni unos ni otros necesitan banales elogios y mucho menos exageradas loas: todos pertenecen á la Historia, y en sus páginas ocuparán señalado honroso puesto.

La apoteosis de esos próceres se impone irremisiblemente, sin que para ello sea necesario: decretos y leyes de ningún poder del Estado.

Las decisiones y resoluciones de la gratitud nacio-

nal no pueden caber en los estrechos moldes de un convencionalismo exótico y desmedrado.

Nada sería tan ridículo y vejatorio para el pueblo dominicano como el triunfo del mezquino espíritu de rivalidad é intransigencia que, por desgracia, ha dejado oir sus destempladas notas en el gran concierto de alabanzas que la patria viene consagrando á sus héroes inmortales.

Estatuas, pues, para todos los padres de la patria, para todos los egregios fundadores de nuestra república! Primero, en el hecho material de la erección: Duarte; luego: Sanchez, Mella, Santana, Imbert, Duvergé, Jimenez, Bobadilla; más tarde: todos aquellos que con su valor, ó su ciencia, ó su abnegación y su civismo, contribuyeron respectivamente á dar estabilidad y gloria á nuestra patria.

Tal es el derrotero que deberán seguir los buenos y sensatos dominicanos en el importantísimo asunto que hace más de un año viene debatiéndose calurosamente; tal el noble proceder que nos marca la conciencia pública, redimida ya de las bastardas influencias de la pasión y de la fábula.

XXIV.

Conclusión.

Hemos terminado el modesto trabajo que, animados de vehementísimo deseo hacia el esclarecimiento de algunos puntos históricos de nuestra independencia y con el fin de dar á conocer, bajo otras fases, á algunos de sus prohombres, nos impusiéramos, intimamente convencidos de que nuestra humilde obra, sustentando un criterio nuevo, completamente depurado del apasionamiento con que suele escribirse á raiz de los acontecimientos y emitir juicios sobre sus actores, encontrará resistencia en aquellos que, aferrados á cierta vieja tradición, niéganse á admitir el examen concienzudo de los hechos, á practicar el análisis de sus causas y, en último término, á juzgar imparcialmente á sus actores.

Por otro lado, aliéntanos la esperanza de obtener la aprobación de otros elementos desapasionados y sensatos que han venido suspirando porque se haga luz en los principales acontecimientos de nuestra historia con-

temporánea y se disipen, de una vez y para siempre, algunos errores y falsas apreciaciones que han pretendido imponerse en esta sociedad, á despecho de la verdad y de la justicia: únicos buenos inspiradores de la Historia.

No abrigamos la loca pretensión de considerar esta nuestra modesta obra como un trabajo acabado en su género, sino que, por el contrario, juzgámoslo deficientísimo y únicamente propio para preparar el camino á otros escritores del porvenir, á quienes corresponderá ampliarlo y derramar en él otras más claras luces que las de que nos ha sido posible disponer.

Hemos escrito estas líneas en los cortos instantes de tregua que nos ofrecen otras laboriosísimas faenas, y, por tanto, adolecen ellas de sumaria concreción; pero sí, podemos asegurar que el espíritu que las ha hecho nacer y ver la luz pública, abunda por demás en la imparcialidad más absoluta, y que las ideas y consideraciones en que está basado este trabajo, tienen el más puro origen y entrañan la verdad más acrisolada.

Puede que hayamos incurrido en algún error en la clasificación de los patriotas á quienes dividieran, á raiz de nuestra independencia, las distintas aspiraciones que, para salvaguardiarla y consolidarla, surgieron al poco tiempo de consumada ésta; puede también que hayamos omitido detalles, quizás indispensables para la justificación de algunos de nuestros asertos. Todo ello es muy posible, seguramente; pero no vacilamos en manifestar, con toda la fuerza de una profundísima convicción, que

nuestro criterio en esta cuestión y nuestro modo de considerar sus distintas fases, se apoyan en hechos tangibles y en la abrumadora lógica que de ellos se desprende victoriosamente.

Nuestras apreciaciones en este importantísimo asunto son las de respetable número de ilustrados compatriotas nuestros. Hasta hoy habían permanecido encerradas en el silencio, ó, cuando más, expresábanse solamente en el reducido límite del hogar y en el de alguno que otro círculo más ó menos íntimo. No habían salido á campear, esas apreciaciones, al terreno de la publicidad, porque era de todo punto necesario el trascurso del tiempo para revestirlas del carácter de legitimidad que sólo discernir pueden la calma reflexiva y concienzudo é imparcial análisis.

En algunas ocasiones se suscitaron polémicas á ese respecto, significando así los anhelos de justicia y el laudable propósito de rectificar errores de concepto á cerca de muchos personajes políticos, á quienes se ha cubierto de oscuras sombras y negado hasta aquellos méritos que radican en la misma creación de nuestra nacionalidad. A todo, sin embargo, debe, "en el rodar de los tiempos," llegarle su día, su momento psicológico, por decir así. Y tal acontece hoy, cuando medio siglo sepáranos de aquellos grandes sucesos.

Nosotros hemos comenzado humildemente la tarea, convencidos de que el bien inspirado esfuerzo que hoy hacemos, habrá de tener imitadores en lo futuro; imitadores en cuanto al móvil justiciero y reparador que lo

produce, pues por lo que respecta á la calidad del esfuerzo y á la eficacia de sus triunfantes resultados, seguros estamos de que en lo porvenir habrá de eclipsarse el nuestro ante los luminosos trabajos de las generaciones venideras.

Hasta el presente apenas se ha bosquejado el cuadro histórico de la fundación de nuestra república. Lo poco que en ese sentido se ha hecho, hijo de la impresionabilidad y festinación que producen en el ánimo los hechos recientes, necesita depurarse al calor de un serio examen: parco y discreto en sus medios analíticos, fecundo y provechoso en sus fines, como que habrán de entrañar éstos y producir el espléndido triunfo de la verdad que es la inmutable realidad de las cosas. Todavía no podemos hacer nosotros más que delinear los fundamentos ó bosquejar el plan de la obra, trazando con exactitud sus líneas, para que los llamados á edificarla partan de un buen principio y logren el ansiado fin porque anhelamos cuantos, rindiendo fervoroso culto á la verdad histórica, lo rendimos al mismo tiempo de amor y de veneración á esta nuestra hermosa patria.

Donde quiera que surja la luz, iremos, solícitos, á buscarla. Así, modificaremos, ampliaremos ó rectificaremos cualquiera de nuestros conceptos que lo necesitase; pero así mismo estaremos dispuestos á combatir. con energía y sin tregua, el error ó la injusticia, no obstante los empeños de sus sustentadores y no obstante el ensañamiento que la pasión ó la conveniencia desplieguen en su abono.

ERRATAS.

En la pág. 35, donde dice éso, léase eso.
En la pág. 41, donde dice excepticismo, léase escepticismo.
En la pág. 70, donde dice encausar, léase encauzar.
En la pág. 81, donde dice éso, léase eso.
En la pág. 101, donde dice expontaneidad, léase espontaneidad.
En la pág. 110, donde dice expléndida, léase espléndida.

INDICE.

I.—Antagonismo político..... PAG. 1
II.—Méritos militares de Santana..... " 6
III.—Injusta denominación dada á los partidos políticos de aquella época..... " 12
IV.—Predominio del elemento militar y sus causas. " 16
V.—Grave error y falta de sentido político de la Junta Central Gubernativa, y sus consecuencias..... " 20
VI.—Atentados contra la soberanía nacional, cometidos por ambos partidos..... " 24
VII.—Causas que produjeron el triunfo de Santana y de sus parciales..... " 31
VIII.—Política reaccionaria del nuevo gobierno: sus causas, excesos y atenuaciones..... " 35
IX.—Excesiva y benéfica labor del primer gobierno de nuestra república..... " 39
X.—Proverbial desinterés y ejemplar abnegación de los contemporáneos de la Independencia. " 42
XI.—Los prohombres de nuestra independencia política..... " 46
XII.—El ejército haitiano de aquella época y su absoluta superioridad sobre nuestras primeras fuerzas patriotas..... " 51
XIII.—Proyectos de protectorado extranjero..... " 56
XIV.—Incompatibilidades, para ejercer el poder, de los jóvenes próceres de Febrero de 1844.... " 63
XV.—Injusto criterio histórico..... " 68
XVI.—Juan Pablo Duarte..... " 75
XVII.—Francisco del R. Sanchez..... " 80
XVIII.—Ramon Mella..... " 84
XIX.—Manuel Jimenez..... " 88
XX.—Santana, militar y políticamente considerado. " 95
XXI.—Orígenes ó causas de nuestra defectuosa organización política..... " 104
XXII.—Origen de nuestro personalismo político.... " 110
XXIII.—Las estatuas..... " 115
XXIV.—Conclusión..... " 122

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

JUL 12 1945